





ENZO MAQUEIRA

# El impostor



**AÑOS**  
**milena caserola**

ENZOMAQUEIRA

EL IMPOSTOR. — 1a ed. milena caserola, 2011.

122 Págs; 14,5x20,5 cm.

I.S.B.N: 978 987 1583 30 8

1. Narrativa

**Contacto con el autor:** [emaqueira@hotmail.com](mailto:emaqueira@hotmail.com)

<http://www.laputapituca.blogspot.com/>

**Página de escritores independientes:** [www.elasunto.com.ar](http://www.elasunto.com.ar)

Todos los derechos están reservados, sino remítanse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Por lo que privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopidora, es promover la *desaparición* de lectores.

**Arte y diseño de tapa:** Carlos Fossatti

**Edición:** Matías Reck / [losreck@hotmail.com](mailto:losreck@hotmail.com)

# El impostor



# 1

## Chikhai Bardo

Todo el tiempo dejo de escribir para mirar la pecera. Pasan los minutos y se me van las ganas de otra cosa, me quedo colgado en eso hasta que me mareo, me dan ganas de vomitar y tengo que elegir. A veces vomito, si tengo suerte. Cuando eso pasa me duermo al poquito tiempo y sé que puedo escribir al otro día, ni bien me levanto. Pero si no vomito me distraigo sintiendo las arcadas, metiéndome los dedos, tratando de que el vapor oscuro de la comida termine de subir y aparezca como una bolita de fuego, en medio de la garganta. Puedo estar dos o tres horas así, mirando la pecera.

Es esperable que me pasen esas cosas. Si uno elige un rumbo, llega a donde tenía que ser. Parece una de esas alegorías orien-

tales que siempre quedan bien, aunque no sean ciertas. Lugar común: las cosas tienen los resultados que se merecen.

Anoche, por ejemplo, fui a consumir cocaína. Lo digo así, como si fuera un presentador de noticias, por ese pudor que a veces dan los vicios cuando se miran de lejos. En realidad, lo que más me importaba era que me hiciera un regalo. También en este caso estoy usando un eufemismo.

Se lo pedí mientras peinaba las dos primeras líneas. Había abierto la bolsa y la merca era un montecito blanco en el plato. Había cortado una parte del montecito y la había llevado hasta la mitad del plato. Había cortado esa parte en dos y la acomodaba con la *Master Card*.

Dos rayas iguales, gruesas, olor a solvente. Ella se agachó primero: con un canuto de billete de diez pesos, un mechón de pelo sobre la oreja, una aspirada fuerte que de escucharla me dio ganas de cagar. Como tres veces le dije y ella hizo como que no entendía. Ése es el problema: cuando uno dice las cosas en joda, si tiene ganas, capaz que agarra viaje; pero así solamente podés quedarte con las más fáciles y con las otras no tenés chance. Si tiene algo más en la cabeza, quizás te sigue el chiste, le gusta el doble sentido. Pero nada más. Después, el trabajo lo tenés que hacer igual, o tirarte encima como una bestia.

Eso sí que es algo que no acostumbro. Alguna vez, cuando ya no sabía qué decir y la mina me miraba, esperando, metí un beso de atropellada. Pero siempre estaba seguro que era lo único que faltaba hacer. Jamás agarré una cara y robé ningún beso. Lo mío siempre fue propiciar la situación: un poco me hago el tonto y otro poco me río de lo que digo. Así la mujer entiende el doble sentido; pero si le hago un chiste sobre el doble sentido no piensa “qué tonto que es”, piensa “qué gracioso es; me gusta porque me hace reír”. Y entonces te hace el regalo.

Son así de boludas, las mujeres. Y así de boludo soy yo.

A esta mina me la encontré hace tiempo, en un encuentro de escritores. Había venido Varguitas y estábamos todos alrededor, como si fuera el patriarca de los pájaros. En ese momento me gustaba ir a esas cosas. Recién empezaba, todavía creía y se me ocurría que podía aprender algo de los tipos que se habían hecho la fama en los sesenta. El problema con Varguitas era que repetía siempre lo mismo y nada tenía mucho sentido. Encima usaba ese tono de voz agudo, los dientes, la cara contraída en una mueca de enojo que nunca terminaba de irse. Igual lo escuchaba con atención, como escuchaba en esa vida. Hasta que se me acercó ella:

-Sos vos el impostor –me dijo.

-¿Vos quién sos?

-Soy la loca.

Habíamos estudiado juntos en el secundario. Ella se sentaba en el primer banco de la fila contra la pared y yo estaba en el ángulo opuesto. Creo que jamás nos habíamos hablado. Era pelirroja, de ojos verdes y con la cara llena de pecas. Los ojos le sobresalían y no ayudaban para cambiarle el apodo. La podríamos haber llamado “la colorada”, como todos esos boludos que no saben poner apodos; pero nosotros íbamos un paso más allá. Veíamos algo que no veía cualquiera. Tenía esa expresión en los ojos, se vestía con remeras amarillas, pantalón violeta, un pañuelo de flores; cuando hablaba se reía todo el tiempo, hacía muecas, contorsionaba el cuerpo. Te estaba hablando y se ponía seria; por un momento parecía normal. Pero después, de repente, la piel se le hacía más colorada, se reía doblando el cuerpo, el pelo le caía por encima de la cara, decía algo que parecía responder a otra cosa que ella misma se estaba diciendo (“sí, sí, sí... ¡estoy con el Impostor!”) y uno empezaba a sentir miedo.

-¿Me puedo sacar una foto con vos y Varguitas? –me preguntó  
Le dije que sí. Nos pusimos uno a cada lado del tipo.

Flash (cerré los ojos).

Le di la mano a Varguitas, lo felicité por la conferencia y salí casi corriendo. La loca alcanzó a decirme algo que no escuché.

Un par de semanas después llegó un sobre a mi casa. Era chiquito, amarillo y con el dibujo de una margarita hecho con marcador. Adentro estaba la foto: la había sacado con polaroid y estaba mal revelada. Yo salí con los ojos cerrados y la sonrisa de pelotudo que arrastro desde salita roja, 1983, los treinta y cinco nenes posando para el fotógrafo y la maestra al costado; Varguitas estaba bien, como siempre, con esa sonrisa de hijo de puta; la loca había salido con la boca abierta y mucha cara de loca, pero había un detalle: de la punta de un diente le caía un hilito de baba. En ese momento decidí que la iba a dejar pasar. Podíamos ser amigos, pero nada más.

Hasta que fui a su casa a buscar el regalo.

-Vení, pasá –me señaló el único ambiente de su departamento.

Me ofreció algo para tomar. Le pedí cerveza, pero me trajo un vaso de soda. Después me mostró la bolsita, se la arranqué de las manos, desparramé la merca en el plato, peiné las dos rayas. Tomó ella primero y me dieron ganas de cagar.

Le hice los chistes, pero no se dio por aludida.

Tomé yo.

Estaba por peinar la segunda tanda cuando se empezó a reír.

-¿Te puedo hacer algo? –dijo, mientras se inclinaba para adelante y cerraba los ojos.

Dudé, pero con un aplomo fingido le dije que prefería que no. Ella insistió y la idea del regalo se hizo presente con una fuerza tal que ya nada más pareció importar en ésta o en ninguna vida. La loca sonrió cuando le respondí exactamente esa frase, con el

verbo en presente, con las manos temblorosas, con la mandíbula apretada.

-Vení –me dijo, agarrándome del brazo.

Me sentó en una silla.

De pronto le había cambiado la expresión. Como si fuera una geisha preparando la ceremonia del té, la loca iba y venía por su monoambiente. Primero trajo una soga; me ató las manos atrás del respaldo y las piernas a los costados de la silla. Después trajo unos aros y me los puso en las orejas; eran dorados y se enganchaban con un clip. También me puso un collar de piedras grandes, azules; y me tiró encima un chaleco con olor a naftalina que sacó de abajo de la cama. Yo seguía firme, viéndola ir y venir. La loca se reía mientras me disfrazaba. Me ponía el aro, se doblaba al medio y estallaba en una carcajada. Y también decía cosas que me hacían sentir un pelotudo. Creo que incluso dijo: “Sos un pelotudo”. Mientras tanto yo pensaba cómo iba a hacer para que me hiciera el regalo. Entonces le mandaba algún chiste:

-Soy un pelotudo, pero no tengo las pelotas grandes.

Cosas así le decía, nada más que para que me desabrochara el *jean*. Pero se quedaba callada. No me siguió ningún chiste, ni siquiera un poquito. Nada más pareció reaccionar cuando le dije que la música que había puesto era para que me hiciera un *striptease*.

-No –me dijo.

-Entonces para hacerme unos masajes.

-No -repitió.

-Entonces para que me hagas un regalito.

Se quedó callada, con la boca abierta como si estuviera a punto de comerse una torta gigante.

Por un momento, pensé lo mejor. Me apuré a inclinar el cuerpo hacia arriba, para ofrecerle el cierre de mi pantalón.

-¡Ya sé! –gritó.

La loca salió corriendo, se metió en el baño. Escuché que revolvió algo. Volvió con un lápiz labial. Se paró entre mis piernas y empezó a pintarme los labios de violeta. Me estaba dibujando los labios más gruesos, casi llegaba hasta los agujeros de la nariz; me respiraba en los ojos mientras dibujaba reconcentrada.

Empezó a cantar algo en voz baja. Era en inglés y cuando pronunciaba la “th” me escupía una gota de saliva que mil veces me cayó en el mismo ojo. Encima la canción hablaba del amor, así que todo el tiempo la loca “*the love, this love, the sound of love*”... Y yo todo escupido, con el ojo ciego de baba. Lo único lindo era que la canción la ponía contenta. Era como si la llenara de energía.

-Traéme un poquito más –pedí.

Fue saltando hasta el plato. Apretó la *Master Card* contra el montecito, separó un parte, me acercó el plato a la nariz.

-Bajá la cabeza –dijo, la voz firme.

Me tapó el agujero de la nariz con un dedo. Con el otro aspiré. No sé por qué, pero en ese momento se me ocurrió pensar en una frase de Janis Joplin: “Nada que sienta tan bien, puede ser malo”.

La loca llevó el plato a la mesa, se peinó una línea y aspiró su parte. Cuando se dio vuelta y me miró, tenía una sonrisa distinta. Caminó como un robot hasta un cajón, lo abrió, metió la mano y sacó una tijera que levantó en el aire, como si fuera la antorcha de la estatua de la libertad.

-Sos D’Artagnan –dije, y otra vez me temblaban las manos.

Ella agitó el puño y metió un estiletazo en el aire. Se paró rígida, gritó “¡Óle!” y caminó dando pasos cortos, con la tijera

apuntándome al medio de las piernas, los ojos fijos en el cierre del pantalón.

Traté de zafar del nudo de las manos. Miré los que me había hecho en las piernas. En cinco segundos pensé todo el plan de evasión: si la loca se acercaba más, iba a tomar impulso y me iba a tirar hacia un costado. Tenía que moverme rápido y poner las piernas contra la pared.

Ahora, mientras miro la pecera, tengo una sensación parecida. También calculo: veo, por ejemplo, que falta poco para que el de color rojo dé la segunda vuelta y se cruce otra vez con el celeste. Falta muy poco y, si sigue en el mismo recorrido, tiene que alcanzarlo. Sin embargo siempre puede pasar lo que pasó en ese momento. Algo no sale como uno esperaba. La loca, por ejemplo, nunca dio el último paso.

Aproveché la oportunidad:

-Son las tres de la mañana –dije, mirando el reloj que tenía en la pared– En quince minutos me voy.

Tiró la tijera al piso. Hizo una mueca de berrinche. Se acercó y me desató.

Entonces me di cuenta de que no me iba a hacer ningún regalo. Me gustaría saber por qué a mí siempre se me pegan las locas. De un extremo del aula al otro, sin jamás cruzar una palabra, habíamos llegado a leer los mismos libros, habíamos visto las mismas películas, hasta teníamos los mismos discos desparrramados por la habitación. Sobre todas las cosas, nos gustaban los mismos escritores. La gran diferencia entre nosotros era que ella era pelirroja. De cosas así se construyen las relaciones humanas, aunque no parezca. Uno no anda por ahí con una amiga pelirroja con cara de loca, y mucho menos con una novia. Son cosas básicas. No es culpa de nadie.

Cuando teníamos Lengua, la loca contaba siempre que era amiga de un escritor. Cada vez que salía el nombre, ella levantaba la mano y decía “yo lo conozco” y después se empezaba a reír. Así que un día, cuando ya éramos amigos, le pedí que me llevara.

Lo fuimos a ver un año entero, los domingos a la tarde, poco después de las seis. Apenas se podía mover, pero mientras tanto seguían apareciendo libros suyos. Tenía como ochenta y cinco años en esa época. Todos los domingos le organizaban meriendas con jóvenes. Era en su casa: entrabas y te decían que esperaras; te quedabas un rato mirando los libros de la biblioteca (y con la loca comentábamos qué hijo de puta, mirá lo que tiene) y después venían y te decían que el señor ya estaba esperándonos. Entonces entrabas y lo tenías ahí sentado, mirando para abajo con cara de triste. A veces ya había más jóvenes sentados con él; otras veces iban llegando y todos decíamos lo mismo:

-Hola, don -poniendo la voz que se pone para hablar con un viejo.

El tipo te daba la mano y uno apretaba poquito, para no quebrarle algún dedo. A la loca la abrazaba y se la dejaba apoyadita sobre la pelada, le daba dos besos, uno en cada mejilla.

-¿Así que usted a Borges no lo quería? -le preguntábamos después, en la mesa.

Siempre le preguntábamos lo mismo. Primero te decía que no, que era un pedante. Después te decía que sí, claro, que eran muy amigos; otra vez, que había escrito algunos libros que estaban bien, pero lo había leído poco.

Cuando se hacían las ocho y empezaba a oscurecer venía la señora que lo cuidaba y nos decía que nos fuéramos. Era simpática y siempre estaba vestida con un *pullover* a cuadros. Fuera verano o invierno, estaba siempre con el *pullover* cuando se apa-

recía para sacar las cosas de la mesa, lo levantaba al viejo de la silla, te lo acercaba para que le dieras la mano (y cuando al viejo le tocaba despedirse de la loca apenas le quedaban fuerzas y nada más ponía cara y se dejaba estampar un beso con ruido), lo llevaba a la habitación y después te acompañaba a la salida, te ibas atravesando el patio con los pinos de diez metros y pensando si habría algún pajarito al que, justo en el momento en que uno pasaba por ahí, se le ocurriera salir a cagar a la punta de una rama.

Nosotros nos quedábamos conversando en la puerta con los otros pibes que habían ido. Empezaban a sacar cosas de adentro del bolsillo. “Mirá lo que me traje”, decía uno y te mostraba una primera edición de *Bomarzo*, la foto en la casa del Che, la firma del viejo escrita debajo de una poesía.

La loca tenía cosas así en el departamento, pero a ella se las había regalado. Igual, el viejo sabía lo que estaba dando: si te regalaba algo te ponía cara de saber que cualquier papelito que te diera iba a terminar en la subasta. Un ticket de supermercado que tuviera escrito “Comprar Dogui” te lo daba sabiendo que cuando se muriera lo ibas a querer vender, y que encima te ibas a llenar de plata.

A mí nunca me regaló nada, pero tampoco me lo robé. Creo que nunca robé nada, salvo un par de palitos chinos que me llevé escondidos en la media, a la salida de un restaurante. Ese día sentí que tenía huevos en serio. Ahí nomás, en medio del restaurante y con chinos patrullando por todas partes, me metí los palitos en la media, desordené la servilleta en medio de la mesa para que quedara como que estaban ahí abajo, y me fui silbando la musiquita de *Amarcord*, esperando que en cualquier momento me clavaran una estrellita ninja en la nuca. Esa vez sí robé, y ni siquiera me dio culpa; porque otras veces que me

llevé algo (un borrador, por ejemplo, cuando iba a la escuela) me dio culpa y lo tuve que devolver. Por eso me fui con las manos vacías de la casa del viejo, ni tampoco quise que me regalara nada. Es que siempre parecía que te lo estaba dando porque lo convencías. “Dele, don –le decía uno que siempre se llevaba algo –¿me regala el libro éste? ¡Si usted tiene muchos!”. Y *don* se negaba hasta que lo terminaban cansando y te lo daba, le ponía la firma.

Nunca sabía en dónde poner la pecera, hasta que un día me levanté y fue lo primero que se me ocurrió. Lo que en ese momento pasé por alto es que la iba a mirar mientras escribía. Y para colmo la veo tan nítida que hasta la puedo estudiar. Enseguida viene la náusea. No es una referencia sartreana, es mucho más real y otro tanto menos aburrido. Acá se trata de mareos y sentir el calor que me viene por adentro, sube, llega hasta la entrada de la garganta. A veces alcanzo a sentir el gusto de los raviolos con tuco, la milanesa, las empanadas de pollo; otras veces es nada más como una quemazón, como si me hubiera tragado una bombilla recién sacada del horno. Pero me es imposible vomitar, por lo menos hoy. Por más que siga con ganas, todo es más difícil. A la loca le conté de eso y se empezó a reír. Se reía tan fuerte que tuve frío. No sé cómo hice para abrazarla, ni en qué momento lo decidí. Primero la estaba mirando (tenía el pelo en la cara, mostraba los dientes y había un pedazo de algo verde entre las dos paletas) y después, en un segundo, me había puesto de pie y la tenía abrazada.

Le empecé a buscar la boca. Ella corría la cara, pero me dejaba un par de centímetros que me alcanzaban para darle más o menos por donde –si hubiera sido un varón– tendrían que estar los bigotes. La tenía arrinconada contra la pared, soplándole los labios; ella temblaba como un conejito y cerraba los ojos, ne-

gándose, implorando que la dejara tranquila. Hasta que finalmente abrió los ojos, se puso recta echando furia y me mandó la lengua hasta hacerme dar arcadas. Fue como había pensado: la baba me llegó hasta la pera. Me acordé de Pavlov, pensé que también ella podía ser un perro que acude al llamado de una campana. Había sido suficiente un abrazo para que se activara el mecanismo de besar; y el beso iba a activar otros mecanismos. En realidad, los dos éramos un perro respondiéndole a algún vivo que, en algún lado del mundo, estaba tomando nota. No me importó. Ni bien pude, subí la cabeza y le empujé un poco la de ella hasta que el mecanismo de “besos en el cuello” quedó también activado. Para ayudarla, levanté un poco más la cabeza. Además, empecé a gemir. Era suave, nada más que para que la campana no dejara de sonar. Trató de subir, pero mis labios habían quedado tan lejos como yo quería, así que la empujé un poco más abajo, me subí la remera, le acomodé la cara rumbo al ombligo.

¿Hasta dónde éramos el perro de Pavlov, si es que había algún límite? De repente ella jadeaba, gemía, puteaba, tenía los ojos cerrados. Sentí el frío de la saliva contra la piel cuando me pasó la lengua por el borde del pantalón. Fue como una señal: mis manos fueron solas a bajarme el cierre.

La loca hundió los dedos por abajo del calzoncillo.

-Ahora me como tu cornalito –dijo y se abalanzó con la boca abierta.

Fue en vano tratar de aguantar. Iba a buscar un vaso de agua, pero en el camino vi un reflejo y tuve que acercarme a comprobar si la luz funcionaba bien. Me quedé un rato mirando: se mueven lindo, los lebistes; apenas si se dan envión con las aletas y parece que están volando. Si les pongo comida, agitan las aletas y se mandan una corrida desde las piedritas hasta las

burbujas que revientan en la superficie. No es joda ver los colores de los peces en medio de esa bruma del agua. Y además está el ruido, el zumbido constante del aireador. A veces, cuando estoy escribiendo y de pronto me distraigo y vuelvo a la realidad, me olvido de que es el ruido de la pecera y creo que está por explotar una bomba. Pero el resto del tiempo lo disfruto, me dan ganas de probar de fumarme un porro adentro del agua.

-¡Qué rica! –me dijo la loca, mirándomela.

Se reía con una mezcla de ladrido, lamento y una noche de luna llena donde aparece un diablo tan rojo que es como una bolsa de basura llena de sangre. Se reía doblada sobre mi cuerpo, una corbata de saliva que le iba corriendo por el costado de la boca. Además había hecho una premonición, porque estaba detenida y todavía mediaban algunos segundos antes de que por fin me hiciera el regalo.

Pero la loca la miraba fijo y se reía. Estaba quieta, a menos de cinco centímetros. Era como esos imanes de polos iguales: cuando parecía que empezaba, una fuerza invisible la mantenía esos cinco centímetros lejos de mi cornalito. Y se reía. Se reía tanto que me empezó a molestar.

-Bueno, loca –le dije poniendo más grave la voz-, ¿de qué carajo te reís?

No se asustó. En cambio, frunció las cejas, apretó los dientes y con dos trancos agarró la tijera y enfiló para mi lado como un enano a punto de derrumbarse. Venía con toda la cara de loca encima.

La cosa fue así:

“La mina pegó dos saltos, empezó a gritar algo incomprensible, agarró la tijera con las dos manos, y mandó los brazos para atrás para tomar carrera con el tijeretazo”.

En ese momento me acordé de Karate Kid: tenía que concentrar toda mi fuerza en la pierna si quería pegar una patada salvadora. Así que la fuerza me nació desde el cuello; fue bajando, se metió por la pierna derecha, la pierna rompió el nudo, siguió de largo y terminó en una patada al medio de la cara de la loca. Los ojos se le dieron vuelta y escuché el crujido de un hueso. El cuello pareció doblarse al medio y la mano, abierta, soltó la tijera, que quedó suspendida en el aire hasta que al final le cayó encima y se le clavó en el pecho como una espadita triste.

La loca tenía el cuello roto y le sangraba el cuerpo, justo por encima de una teta, la izquierda, demasiado lejos del pezón.

Me acerqué. Tenía los ojos blancos; la cabeza le había quedado girada sobre un hombro. Parecía poseída por algún demonio que le hubiera dado cuerda agarrándola de las orejas.

Me agaché para escuchar: un aire remoto se abría paso entre sus dientes; la loca se atragantaba con un suspiro que nunca terminaba de salir. Tuve miedo. Mis más horrendas pesadillas se habían convertido en uno de esos momentos en que uno preferiría no haber nacido y estaba tan asustado que comencé a imaginarme que la loca podía levantarse y agarrarme una pierna, que iba a saltar sobre mi cuerpo y me iba a clavar la antorcha de la libertad en medio del corazón, diciéndome *Nosferatu, Nosferatu, vade retro Satanás*.

Sentía el corazón en la boca; temblando, guardé la merca en la bolsa, la cerré, la metí en el bolsillo y salí corriendo. Ella vivía

en el centro, así que agarré derecho y me crucé medio Buenos Aires moviéndome rápido y dándome remo con los brazos. Cada tanto empezaba a trotar, tomaba aire, me quedaba escondido atrás de un kiosco de diarios. Pero después lo pensaba mejor. Era menos sospechoso caminar, ir tranquilo como si no hubiera cometido ningún crimen. De hecho, estaba bien usar esas palabras. ¿Por qué decir “como si hubiera matado a alguien” si se podían usar frases mucho más ajenas, que parecieran parte de una ficción?

## 2

### Tantra

-Me parece que me mandé una cagada –dije.

-¡Qué noticias! ¿Estás seguro? –Alan estaba en bata negra, el pelo revuelto. Sostenía la puerta del edificio con un pie.

-Sí, pero tengo dudas.

Me dijo que me quedara tranquilo, que esas cosas sólo pasan en las películas de Godard. Dos veces me ofreció que fuéramos juntos a buscarla, pero le dije que tenía razón, que nadie se muere por una patada en la cara, ni por el pinchazo de una tijera. Él me dijo que era obvio, que eso nunca podía pasar, que una vez le había dado un pinchazo en la cola a un tipo con una tijera, que le había sangrado y que el tipo le había pedido que tuviera cuidado porque estaba enfermo.

-¿Y vos qué hiciste?

-Le traje algodón y alcohol, le dije que se limpiara bien y después de un rato me puse un forro y me lo cogí.

-Sos un pelotudo.

-¿Vamos a bailar? –preguntó.

Eran las cinco de la mañana y los putos bailaban sin remera, abrazados en una ronda. Alan les decía “musculocas”: pelo corto, cuerpos de gimnasio, anteojos de sol y la piel recubierta por una pátina de transpiración. Cuando algún fumón les pasaba por el medio, los putos se abrían como una planta carnívora y dejaban que el flaco se les metiera adentro.

Hice un plano mental de las rondas de putos en el boliche. Cuando estuve seguro de no equivocarme el camino, enfilé para el baño.

-Yo te espero arriba –dijo Alan.

Tanteé el bolsillo antes de entrar.

El baño estaba vacío, excepto por un pibe sentado arriba de un balde. Se había quedado dormido con un papel higiénico doblado en las manos. Tenía una mesita con caramelos, encendedores y chicles. Hacía calor, pero el pibe estaba con la cabeza metida en el cuello de una campera.

Me metí en uno de los inodoros. Puse la traba tratando de no hacer ruido. Apoyé la espalda en la puerta. Saqué la bolsa.

El piso estaba mojado. Abrí la bolsa con cuidado, apenas lo suficiente. Saqué las llaves de casa. Metí la punta de una de las llaves adentro de la bolsa y levanté una montañita de merca. Alguien había entrado al baño; hablaba fuerte, casi a los gritos.

Aproveché para aspirar.

Cerré la bolsa y la guardé otra vez. Chupé la cocaína que había quedado en la llave. Tiré la cadena antes de salir.

El pibe seguía durmiendo, así que agarré un chupetín y le dejé un billete de dos pesos. Volví a meterme entre la gente, lejos de

la ronda de los gays. Estaba más atento y descubrí unas gordas que bailaban arriba de los parlantes, el grupito de lesbianas, dos travestis, un viejo con la camisa abierta y a Alan en el medio de la pista. Tenía los brazos levantados y los movía como si tratara de abrir un agujero en el techo. Además tenía *esa* expresión en la cara.

-Te falta la *mema* –le dije, y saqué el chupetín del bolsillo.

Alan sonrió, aplaudió, me tiró un beso al aire.

-Te presento a mi amigo –dijo y me señaló a un puto que le bailaba al lado.

Estaba por irme, pero el puto me agarró del brazo. Cuando le iba a explicar que tenía cosas que hacer, vi que me presentaba a su amiga. Era flaca y tenía un *piercing* en la ceja. Tenía puesta una musculosa negra y le salían los brazos finos, blancos, como de muerta. Media hora después, estábamos los cuatro en la casa de Alan.

Lo primero que hicieron fue hablar de Lost. Alan me porfiaba que me iba a gustar. Le dije que no me interesaba, que si había tanta gente de acuerdo en que Lost estaba bueno, seguro era una pelotudez. La mina se rió.

-¿Sos siempre así? –dijo.

No quise preguntarle a qué se refería. Además, habíamos ido a otra cosa. El puto pensaba igual, porque se acercó a Alan y le desabrochó la camisa. La chica se tiró encima del puto.

-Vení, tonto –dijo Alan.

Yo estaba sentado en otro sillón y dudé. Había estado otras veces en la misma situación y sabía que Alan iba a querer aprovecharse.

Me senté al lado de la chica.

El puto le tocó el culo a su amiga. Después, ella tocó el culo a él. Los dos se reían mientras Alan me miraba y me guiñaba un ojo.

No le contesté. Me quedé sentado. Alan le desabrochaba la camisa al puto y los dos se besaban mientras la mina se sacaba la musculosa.

Saqué la bolsa otra vez. Desparramé un poco de merca sobre la mesa ratona.

El puto la empujó para mi lado. La mina se echó hacia atrás y se dejó sacar el pantalón. Alan ya estaba desnudo y tenía la cara del puto en una mano, se lo acomodaba entre las piernas.

Cerré la bolsa. Peiné una raya fina y larga.

-Dale, bobo –Alan me miraba mientras el puto le hacía el regalo. La mina me hacía masajes con las tetas. La tenía casi subida en la espalda, las manos en mis brazos. Me daba besos en el cuello.

-Así no puedo –dije, y me incliné hacia la mesa.

-¿Siempre sos así? –repitió.

Me tomé la raya de un saque, el recorrido entero desde una punta hasta la otra.

-¿Querés?

-De tu pija, bonito.

Para cuando terminé de entender, la mina ya me estaba bajando el cierre del pantalón.

-¿Puedo yo también? –dijo Alan, las manos sobre la cabeza del puto.

La mina abrió la bolsa y me tiró encima un poco de merca. Aspiró. Chupó lo que quedaba sobre la piel.

-¿Qué pasa? –dijo, agarrándome con dos dedos el pito muerto.

-Ya sabés.

-No funciona.

-No. La merca.

-Claro.

Puso cara de triste y me miró a los ojos.

-¿No? –dijo.

-Imposible.

Me dio la espalda. Mientras yo peinaba otra línea, la mina se sumaba a Alan y al puto, que la ubicaron entre los dos.

Me quedé fumando. Por más que quería, no tenía la capacidad de levantarme e irme, ni tampoco el decoro para dejar de mirarlos. Pensaba en la loca. Me acordaba de la risa, la tijera, la patada. Y mientras me acordaba y las imágenes se repetían como en una película de una misma, eterna, secuencia, vi una doble penetración, vi a la mina tragándose las dos pijas a la vez, vi al pibe en cuatro y la mina haciéndole chas chas; vi a los dos putos haciendo un 69, vi al puto en el piso con dos jinetes. Vi, también, el culo abierto de Alan y al pibe, con la mina, metiéndole la mano, la muñeca, medio brazo en el orto comido por la abertura de Alan, rumbo a un lugar oscuro y lleno de mierda.

Eran las doce del mediodía cuando me vino la náusea. Habían sacado el brazo y el olor me dio ganas de vomitar. Me levanté del sillón y me fui sin saludar. Tenía ganas de algo más, pero no sabía de qué. Lo único que tenía en claro era que me quedaba poco en la bolsa y que no tenía ganas de pasarla mal en casa. Lo mejor era encontrar algo que me distrajera. Tomar lo último y esperar el bajón en algún lugar donde el infierno no quemara tanto.

Pensaba en eso cuando me acordé que había partido de fútbol. Por un momento dudé, porque la cancha iba a estar llena de policías. Pero jugábamos contra el último de la tabla y había salido lindo día. Además estaba a tiempo para llegar. Quizás era porque me estaba haciendo efecto el último tiro, pero de repente me había animado y me vi caminando hasta la parada.

El equipo venía en picada. El último partido lo habíamos perdido y el anterior lo habíamos empatado cero a cero. Pero el campeonato recién empezaba y todavía nadie se había animado

a putear al técnico. La cancha estaba linda, con un olor a Paty que me repitió las arcadas. Había poca gente, así que me senté solo en medio de una fila. Había un policía en la parte de debajo de la platea, pero no me preocupó. Además, justo en ese momento salía el equipo.

Hubo algunos papelitos, un canto tímido y no mucho más. Me molestaba el sol en la cara, así que me hice visera con la mano. El partido empezó como para entusiasmar. Antes de los cinco minutos ya habíamos llegado tres veces al arco de ellos. El cinco nuestro parecía Redondo, se comía la cancha. Iba para allá, venía para acá; tiraba sombreritos, rabonas, tacos... Peleaba la pelota en el medio, la ganaba y después salía con la gambeta hasta el borde del área, metía un pase en profundidad y se la dejaba servida al once para que le tirara el buscapié al nueve. En mi vida había visto mejor fútbol que ése. La gente se reventaba los dedos de tanto aplaudir. Había un tipo más arriba que con cada pase decía "eso", "eso"; y lo iba diciendo cada vez más aflautado, como si le hubieran estado apretando los huevos un poquito más fuerte a cada nuevo pase del cinco.

Era para emocionarse lo que estábamos jugando. Pero entonces el cinco fue a cortar una pelota en la mitad de la cancha. Cuando barrió, se llevó puesta la pierna izquierda del contrario. ¿Podés creer que el árbitro lo echó? Íbamos cero a cero, el partido había empezado ocho minutos atrás.

-¡Es un pelotudo! – dijo el tipo que gritaba "eso", a estas alturas con la misma voz del ratón Mickey – ¡Se hizo echar por pelotudo! ¿Cómo puede derrumbarse la realidad de una forma más abrupta? Saqué la bolsa, la abrí y metí la nariz en lo último que quedaba. Aspiré con fuerza, hasta que el nylon quedó pegado a la nariz. Después lo mastiqué y sentí la cocaína en la boca, la

lengua se me durmió y cuando quise gritar “¡Ahora pongan huevos, hijos de puta!” ya no pude, o no tuve ganas.

Estaba bajo el sol de un sábado a la tarde. Un murmullo recorría la cancha. Un policía miraba cómo, del otro lado, los plateístas insultaban al cinco que acababan de echar.

Lo que siguió fue lo que esperábamos: un desborde por la izquierda, el cuatro nuestro peinándose los rulos y el pelado hijo de puta ése entró, tiró el centro y le quedó servida al nueve que la mandó a guardar.

-¡No te puedo creer! –dijo una morochita, parándose- ¡Pasaron menos de quince minutos!

-Esto es nada -le respondió el tipo del “eso”-. En el ‘67 nos metieron un gol al minuto y medio.

Estaba buena, la pendeja. Tenía el flequillo recto cortado a la mitad de la frente, una camiseta anudada sobre el ombligo y un jean ajustado que se le metía bien adentro. Tenía la cola de una stone.

El partido se había enmierdado: adelante nos quedaba un delantero, el ocho estaba marcando punta y el seis había pasado de cinco. Nos estaban pasando por encima. En cualquier momento se venía el segundo gol.

Y se vino. Fue un centro a la olla. El nueve de ellos cabeceó y se le metió al arquero de sobre pique.

-¡No te puedo creer! – dijo la stone.

-Esto es nada -le respondió el tipo del ‘eso’-: en el ‘39 nos metieron dos goles antes de los cinco minutos.

Hacía calor. La mina tenía puesta una musculosa y se le estaban humedeciendo la telita de abajo de las axilas. Estaba lejos, pero juro que le olí el desodorante Polyana. Juro, también, que el olor me hizo acordar a la mucama que trabajaba en casa cuando yo era chico.

Quietito, me decía Martina y yo seguía tirando el rocío de agua sobre la ropa, sobre la plancha, sobre la mano de ella que sostenía la plancha. Salía un humito blanco cuando la plancha hacía ruido de vaporcito sobre la ropa mojada. Y yo le miraba las manos con agua, los dedos con agua, la mucama con las manos mojadas que hace ruido de vapor si sale el humito blanco. Yo tenía siete años, me pasaba la tarde mirando televisión. Mi mamá dormía la siesta y cuando se hacían las tres de la tarde no se escuchaba un zumbido en todo el departamento. Nada más el ruido del vaporcito y, muy bajo, el televisor encendido en *Yo me quiero casar*. Me tiraba en el sillón y me quedaba quieto; los ojos que se me cerraban solos. El sol que entraba por la ventana pegaba justo sobre la pantalla, sobre la cara de Galán diciendo que se había formado una pareja. Desparramado en el suelo del living, el cuaderno con las tareas del colegio que siempre terminaba después del almuerzo. También una estampita que usaba de señalador; las medias sucias de andar descalzo. En la calle, detrás de la ventana, otoño en una Buenos Aires llena de gente. Algunos eran como yo; pero entonces no lo sabía y me parecía que todos estaban contentos.

Patinaba sobre el parquet hasta el cuarto de Martina. Me dejaba el pomo cerquita. Ella me iba diciendo en dónde tenía que echarle. Me mostraba la camisa y yo le ponía la agüita. Las mangas de la camisa y un rocío de agüita fresca, la plancha caliente, el humito. A la camisa le planchaba el cuello y los puños y quedaban duros; al vestido de mamá lo abría sobre la tabla como un mantel. También estaban las sábanas, horas enteras con las sábanas que nunca quedaban bien planchadas. Quietito, decía Martina, los ojos fijos sobre la tabla. Yo me ponía contento cuando las empezaba a doblar y las sábanas gigantes quedaban

hechas un cuadro tibio -un poco de agüita- junto a las otras prendas.

Después les tocaba a las medias, que se planchaban secas. Me quedaba parado al lado de Martina, de lejos llegaba la voz del conductor: "Se ha formado una pareja". Martina seguía planchando. Eran las medias sucias que yo usaba para patinar por el living. Martina nunca me decía nada, pero yo igual corría a ponerme pantuflas, volvía a pararme junto a ella con el rocío en la mano.

Apenas terminaban las medias, venían los pañuelos que llevaban poquita agua. Yo les echaba y después arriba de un dedo, sobre la mano, el agua en la mano mojada, se ríe Martina, quietito, mi amor, la agüita entre los dedos brillosos, quietito, el sol de la tarde que, en ese cuarto, era una luz prestada, el ruido del vaporcito, una pareja se ha formado, el humo blanco de la plancha sobre la tela, caricias de Martina en el pelo, quietito, bebé, quietito, el rocío sobre la ropa, los dedos mojados que mojan la oreja, la plancha sobre la tabla, la plancha en nivel algodón, dos líneas quemadas en una prenda.

-¡No te puedo creer! -dijo la stone, otra vez.

Apenas vi cuando la pelota entró. La voz de la stone se había llevado a Martina y me había puesto, otra vez, en un partido de fútbol que perdíamos tres a cero.

-Esto es nada -dijo otra vez el tipo, la cara metida entre las manos-. En el '75 nos hicieron tres goles antes de los ocho minutos. La stone me miró por primera vez. Le sonreí y ella nada, siguió mirando. Dos veces más le volví a sonreír. Le empecé a hacer muecas: levantaba las cejas y abría la boca, cerraba los ojos y le hacía trompita con los labios... Eran como esas caras que uno les hace a los bebés. Y la minita siempre igual, mirando fijo.

-¡Coca! -gritó en un momento.

Recién entonces noté que el vendedor de Coca Cola estaba atrás mío y ella lo venía midiendo desde hacía un rato. Cuando me di cuenta, tuve ganas de irme a enterrar abajo del arco junto con el defensor que, en ese mismo instante, pifiaba y la pelota hacía una comba extraña que terminaba adentro del arco otra vez.

-¡No te puedo creer! – volvió a decir, el vaso de coca en la mano. “Eso” miraba el piso:

-Esto es nada –arrastró las palabras– En el ‘58 nos metieron cuatro goles antes de los once minutos.

Había llegado el momento de las risas socarronas. En una cancha, cuando la derrota se convierte en absurdo, aparece la tendencia a tomarlo con humor. La gente parece sacada de un ensayo de Freud: para no sufrir, prefiere hacer chistes.

Era mi momento de hablar con la stone.

Desconocía qué iba a decirle; ni siquiera sabía que iba a tomar impulso y le iba a tocar el hombro, disculpame, ¿tenés hora? y que la mina me iba a responder con los ojos fijos en la cancha y la boca abierta:

-Cinco y media.

En la tribuna visitante, un gordo hacía un círculo con dos dedos y le metía adentro el índice de la otra mano. Otro tipo movía los brazos y nos saludaba.

Me senté al lado de la stone.

-Nos están bailando –dije.

Ella le dio un sorbo a la pajita; subían pelotitas de coca cola por la pajita, que enseguida se tiñó de negro.

La mina tragó. Contuvo un eructo.

Entonces, por fin, giró la cabeza y me miró.

“Esto es nada, en el ‘85 nos metieron cinco goles antes de los doce minutos”. Tenía dieciocho años y un novio que la iba a buscar a la escuela (había repetido dos veces), hacía poco tiem-

po que estaba de novia, ¿hace cuánto estás de novia? Dos meses, ah, dos meses, en un año vemos si tu novio te sigue yendo a buscar. Lo que pasa es que sos muy pendeja, todavía crees en esas boludeces, no es una boludez, el amor existe, existe un rato hasta la tercer cogida, y si estás muy buena aguanta cinco cogidas más, después olvidate, ¡pero vos sos un monstruo! yo te digo lo que nadie te dice, además lo decís porque nunca te enamoraste, cuatro veces estuve enamorado, y las cuatro veces me pasó lo mismo, salvo la última que ella me dejó a mí, ¿se había enamorado de otro?, ¡Mirá lo que hace ese cuatro hijo de puta!, ¡No te puedo...! no, descubrió que yo la estaba cagando, ¡sos un hijo de puta! ella me obligó, si no entregás como corresponde tengo que buscar a alguien que entregue, ¿así que a vos lo único que te importa es eso?... y que no me rompan las pelotas... ¡No lo puedo creer! “Esto es nada, en el 39 nos metieron seis goles antes de los quince minutos”. ¿Te das cuenta? Mirá a este arquero... seguro que anoche la esposa le trajo problemas, seguro que por culpa de la esposa el tipo ataja así, al contrario, gracias a la esposa debe estar en donde está, ¿ves cuál es el problema de las mujeres? nunca quieren aceptar que están acá de prestado, que si uno avanza es a pesar de ellas y nunca gracias a ellas, ¿Cómo podés decir eso? ¿A vos te crió una mujer? La madre es otra cosa y todos lo sabemos muy bien, el problema de las minas es cuando se ponen en novia o se convierten en esposa; las madres y las amantes son el único rol de mujer que sabe tratar a un hombre, las otras tienen problemas para encontrarle la vuelta, vos hablás así porque nunca te enamoraste, pero querida ¿qué eso de responder siempre con el mismo argumento? ¡Y encima con un argumento sin ninguna fundamentación ¿así que porque nunca sentí una cosa que te pone boludo, estoy incapacitada para entender cómo es la vida? Si es por po-

nerse boludo para entender las cosas, el arquero nuestro debe ser Mahatma Gandhi... ¡No te puedo creer! “Esto es nada, en el ‘97 nos metieron siete goles antes de los diecinueve minutos”, además, ¿cómo sabés que vos estás enamorada? Y respondé sin decir que cuando lo ves sentís mariposas en la panza... ¡Pero es así, boludo! Sentís eso de verdad. ¿Se te ocurrió pensar que las mariposas en la panza es que estás caliente? A los hombres se nos para, a las mujeres se les revuelve el estómago... ¿Pensaste que quizás es eso? ¡Vos entendés cualquier cosa! ¡Sos un monstruo! Sos completamente ignorante de lo que puede sentir una mujer... ¡No podés perder esa pelota! La verdad que sí, tendría un poco más de idea si alguna expresara sus sentimientos sin involucrar al pene. ¿Qué querés decir? Que me cuesta entender cuál es la relación entre estar enamorada y querer que te rompan el orto... El sexo es un acto hermoso que se hace de a dos, y cuando se hace con amor es sublime, Sí, muy sublime la mina en cuatro echándote baranda a pedo en la cara, ¡Vos sos un asqueroso! ¡No lo puedo creer! “Esto es nada, en el ‘24 nos metieron ocho goles antes de los veintiocho minutos” ¡Mirá ese gordo hijo de puta, cómo nos goza! Lo que pasa es que las mujeres nunca se quieren hacer cargo de nada, lo único que les importa es andar por el mundo dando lástima, quieren casarse con algún tipo con plata y pasarse todo el día mirando novelas en televisión, ¿cómo vas a decir eso? ¿Sabés que ahora es distinto?, tenés razón, me olvidé que ahora también quieren trabajar y ser empresarias exitosas y todas esas pelotudeces, sí, boludo, trabajar y formar una familia, claro y así salen los chicos ahora, cada vez más burros, ¿cómo vas a decir eso? porque es la verdad: antes por lo menos servían para criar, ahora ni siquiera... ¿nunca escuchaste que hay mujeres importantes, boludo? Sí, ¡claro! y también escritoras. ¿Y porque son mujeres escriben peor? ¡Po-

nete las manos, arquero, la puta que te parió! “Eso es nada, en el 87 nos metieron nueve goles en el primer tiempo” Error: porque escriben son menos mujeres. La mitad son lesbianas. ¿Y la otra mitad? ¡Escribe mal! “Esto no es nada”, A vos lo que te hace falta es conocer un poco el alma de una mujer, entender cómo sentimos, y a vos lo que te falta es sumar pijas, ¿qué querés decir? Hacerte coger muchas veces, a la larga vas a aprender cómo es la cosa, ¡No te puedo creer! Cuando te digan que te van a avisar y al rato te den arcadas de leche cayéndote por la garganta, cuando vos estés llorando y el pibe rompiéndote el culo hasta hacerte cagar sangre, cuando te digan tocame los huevitos, pasame la lengua, vení que te abro la concha, ahí vas a saber cómo es la vida. ¡Vos sos un asqueroso! Yo soy tu novio. ¡Mi novio es distinto a vos! Yo soy el que te vas a coger toda tu vida. ¡Con vos no cojo ni en pedo! Estoy hablando metafóricamente, pedazo de pelotuda. ¡No lo puedo creer!

“Esta es la peor goleada de la historia. Doce a cero en el primer tiempo, nunca pasó”.

Hasta ahí llegó mi interés por el partido; pero sobre todo por la stone. Así que preparé el terreno para escaparme: miré la hora, miré el cielo, murmuré algo que nadie escuchó (“Che, ¡qué día de mierda!”) y bajé de la tribuna sin darme vuelta a pispear a los policías. Cuando llegué abajo vi las banderas. Tenían el escudo del club y venían con una pajita para sostenerla. Todavía faltaba jugar un tiempo, pero el vendedor también se estaba yendo.

-¿Cuánto sale?

El tipo me dijo que me la dejaba a dos pesos.

-Mirá que vale quince –agregó, y agarró la plata de mala gana.

-¿Es para mí? ¡Gracias, mi amor! Me dijo mi novia, sostuvo con dos dedos la pajita, revoleó la bandera como si fuera una yanqui festejando el 4 de julio.

-¿Cómo salió el partido?

-No sé, me vine antes porque te extrañaba.

Estaba agotado. Tenía ganas de acostarme, esconderme abajo de las sábanas y dormir hasta que pasaran doscientos días y no tuviera que preocuparme por nada más. El problema era que no tenía sueño. Por suerte, la peor parte del bajón había pasado. Ahora, lo único que quería era quedarme abrazado a ella, contarle lo que había pasado, pedirle que me cuidara. Estaba a punto de decirle que fuera mi mamá. “¿No quieres ser mi mamá?”, le iba a preguntar. Hasta me podía largar a llorar. Doscientos días llorando en el pecho de mamá, con la cabeza metida entre las tetas. Que viniera la policía y ella le dijera que no, que el nene era inocente, un pan de Dios, mire qué carita de santo... Ése era mi único deseo: llorar y quedarme escondido con mamá acariciándome la cabeza, pobrecito, ya va a pasar.

-¿Vamos a comer, mi amor? –preguntó mi novia.

Entonces me vino la náusea.

La miraba mientras comía una porción de calabresa, parados los dos, ella de espaldas a la ventana y yo con el vaso de cerveza a medio tomar. Empezaba a anochecer y la pizzería se llenaba de a poco. La mayoría estaba de paso. En el televisor, repetían los goles del partido. Mi novia hablaba entre un bocado y otro. Yo le seguía la conversación con monosílabos, controlaba que no me hubieran filmado, que no apuntaran para el lado de la platea, que no apareciera un otro yo en el televisor, hablando con la stone.

-No entiendo cómo no tenés hambre –dijo mi novia.

-Me da asco la comida –respondí.

Me miró raro. Extrañé mi bolsa. Lamenté no tener más para escaparme al baño.

-¿Vamos al cine? –me preguntó.

-No –dije.

-¿Entonces qué hacemos?

-Nada.

-¡Pero es sábado!

-Estoy cansado.

-¡Vamos a lo de Alan!

La miré fijo. Nunca quería ver a Alan. Ni siquiera lo soportaba. Me quedé en silencio, tratando de descubrir si sabía algo más; pero mi novia comía su tercera porción de pizza, tranquila, cortando la muzzarella que había rebalsado de la masa y empezaba a endurecerse sobre el plato.

-¿Alan? –dije con cautela- ¿Por qué?

-No sé. Hoy me acordé de él.

Tomé el último sobro de cerveza. Me quede pensando, perdido en la gente que pasaba por afuera, del otro lado de la ventana. Cuando terminó la pizza, me apuré en salir primero.

-¿Vamos? –dijo mi novia.

-¿A dónde?

-¡Alan!

-...

-¿Por qué no quieres ir?

Otra vez sonaba la campana de Pavlov. “¿Por qué no quieres ir?” significaba que tenía que demostrarle que no había nada de malo con ir. Si no cedía, el siguiente paso iba a ser otra pregunta, y después otra más. Mi novia parecía saber algo, pero no lo suficiente. No era la primera vez. Tenía un don para descubrir mis pecados. Claro que no se imaginaba hasta dónde había llegado.

Alan abrió grandes los ojos cuando bajó a abrimme y vio que estaba acompañado. Fue un segundo de zozobra. Enseguida recuperó el control.

-¡Qué hermosa estás! -le dijo a mi novia y me guiñó un ojo.

Por suerte, la mina se había ido. Todavía estaba el puto, pero Alan le hizo una seña y el puto hizo como que no me conocía.

Nos sentamos los cuatro y empezamos a conversar. Ellos, porque yo estaba casi muerto. El puto leía una revista y decía que no con la cabeza. Hablaba de prenderles fuego a las villas.

-Los tenés que matar a todos -dijo-. Y a todos los bolitas, devolverlos a Bolivia.

Mi novia sonreía. Decía que sí con la cabeza. Aunque estaba callada, me molestaba todo lo que hacía. Cada movimiento me resultaba insoportable. La manera en que lo miraba, la forma en que se había sentado con las piernas cruzadas, la mano que usaba para acariciarme un dedo una y otra vez, siempre el mismo pedazo de piel mientras el puto seguía hablando.

-¿Sabés lo que pasa? Acá tienen que volver los militares. Con los militares estábamos mejor.

Lamenté no tener ganas de hablar. Miré a Alan, pero él tampoco estaba con fuerza. Por la manera en que el puto hablaba, supuse que habían tomado merca. Al puto le había pegado por el lado de la locuacidad; Alan, en cambio, apenas estaba en este mundo. La droga nos había sacado del juego a los dos. Ahí estábamos, a merced de un puto fascista y de mi novia que sonreía, segura de que todo lo que decía era verdad. Si no lo parábamos a tiempo, iba a decir "yo pago mis impuestos", "son negros de alma", "se discriminan solos", "tengo un amigo judío"... Teníamos que detenerlo antes de que mi novia le creyera.

-¿A vos te gusta que te rompan el orto? -dije.

El puto respondió que sí, se puso colorado, me empezó a contar cómo se había hecho homosexual moviendo las manitos como si estuviera tocando un piano en el aire.

Resulta que había sido hace tres años, en los bosques de Palermo. Se habían tomado unos hongos alucinógenos con los amigos y andaban buscando enanitos entre los árboles. De repente vieron a una mina: tenía tetas y culo bien parados, llevaba puesta una minifalda cortita, casi al límite del comienzo de cada nalga. Arriba tenía un corpiño, así que se le veía el ombligo, la pancita sin grasa... Encima se paraba que daba miedo. Parecía un gato de exposición, con la cola bien parada y el quiebre justo en la cintura. Era la mejor mina que viste en tu vida, mis amigos estaban como locos y empezaron a juntar la plata. Cuando caminaba se le movía medio culo para un lado y medio culo para el otro, pero además te hacía el vaivén con las piernas, como si estuviera nadando. Y las tetas se le subían un poco, le volvían a bajar; eran un colchón de agua esas tetas. ¡La mina era un tractor! ¡Una perra absoluta! ¡No te das una idea de lo tremenda que estaba esa mina! Yo para entonces me daba cuenta que me gustaban los tipos, pero todavía era virgen y tampoco le había confesado a nadie. ¿Vos podés creer que, cuando nos acercamos, la mina nos habla y...?

-Era un travesti -dije con aplomo y el puto me miró, asombrado.

-Hablando de travesti, ¿no quieren ir a ver *strippers*? - preguntó Alan.

Nos miramos. A mi novia se le iluminó la cara.

Había que pasar una cortina y llegabas al bar. Todavía era temprano: habría unos cuarenta putos, dos mujeres (las dos eran camareras), Alan, el puto, mi novia y yo. Había unas mesitas altas y cada una tenía una vela encendida. Nos sentamos contra

la pared, bien adelante, al lado del escenario. Arriba, un travesti le hacía la mímica a un tema de Pimpinela. “Me engañaste”, modulaba y enseguida hacia el “No” que cantaba Joaquín Galán, “Me mentiste” (“¡No!”), y exageraba las muecas, “Me dijiste que desde aquel día ya no la veías”...

Alan estaba emocionado. Mi novia también parecía impactada. Estaba hermosa concentrada en el Pimpinela. Tenía la boca abierta, los ojos enormes, las manitos sobre la mesa. De pronto tuve la sensación de que todavía la amaba. Con ella al lado, nada podía salir mal. Había sido demasiado injusto todo ese tiempo. Era hora de aprender la lección y sentar cabeza. Era lo más sensato que podía hacer a partir de esa misma noche: dejar atrás mi otra vida y dedicarme sólo a ser novio. Si podía lograr eso, entonces estaba salvado. Por lo menos, hasta que estuviera seguro que la loca estaba bien.

Los putos aplaudieron cuando terminó la canción.

-Ahora les voy a contar algo que todas ustedes quieren saber – dijo el travesti.

Cerró los ojos. Las luces se hicieron azules. Sonaron unas trompetas. El travesti hizo un movimiento de zarzuela y empezó a cantar:

Nada ha sido en serio  
todo fue una broma  
que bien me engañó.  
Yo hubiera metido  
las manos al fuego  
por él y su amor.

Nada ha sido en serio  
todo fue una broma  
qué clase de persona  
él se creó que soy.

Cuando vio que hablaba  
de mi amor en serio  
en ese momento me miró y se rió.

Me dijo es broma  
nada ha sido en serio  
como crees paloma  
que te quiero yo.

Así son los hombres  
todos son iguales  
pero qué bonito se siente  
cuando uno te guiña un ojo  
y como una guitarra poquito a poco  
te coge y te toca y hace una canción.

Cuando terminó aplaudió mi novia, aplaudió Alan, aplaudió el puto, los otros putos y aplaudí yo. El travesti había quedado de pie, inclinado en una reverencia, las luces sobre la peluca. Después apagaron las luces del escenario, pusieron un disco de Aerosmith que nos tapaba la conversación. Alan y yo tratábamos de evitar que la charla volviera a los mismos temas. El puto se resistía: señaló a un morocho acodado en la barra.

-¿Ves? –dijo- ¿Cómo dejan entrar a un tipo así?

Por suerte apareció el stripper: eran negro, un metro ochenta de estatura, el cuerpo marcado como un rompecabezas.

-Creo que lo conozco -dijo mi novia y la vi hacer fuerza para focalizar mejor.

-¿A quién? –pregunté.

-Al *stripper*. Es amigo de mi hermano –me respondió, con un dedito en la pera.

Alan notó mi preocupación, pero estaba dispuesto a divertirse: la miró a mi novia y le hizo un gesto con las manos (“¡Vas a ver el trozo que tiene!”). Yo imaginaba una excusa para irnos. Podía decir me voy, hacerme el preocupado, acaban de avisarme que está internado mi abuelo. Podía ponerle un beso a mi novia y decirle te amo hasta que el tipo se fuera. También, decirle que seguro tenía una prótesis de plástico duro casi real. El asunto es que el tipo en el escenario se sacó el sombrero, dejó caer la corbata, desabrochó la camisa y la sostuvo con los pectorales abiertos; hizo deslizar la camisa por el cuerpo aceitado, aflojó la hebilla del cinturón, empezó a bajarse los pantalones y se quedó con un *boxer* de leopardo.

Yo trataba de concentrarme, hacía control mental para evitar el destino. La miré a mi novia: parecía que le estaba contando las manchas al leopardo y les estaba poniendo nombre a cada una. Pero no era cualquier nombre: por el tiempo que le dedicaba a cada centímetro de tela, los nombres tenían que ser “Mariquita Sánchez de Thompson”.

Entonces, con un movimiento de manos dejó asomar una punta (un aire frío me recorrió la espalda), con el pulgar y el índice bajó el borde del calzoncillo (los ojos de mi novia explotaban), tomó en visión con los codos (Alan se reía, hacía el gesto del trozo en cámara lenta), estálló la tela en la aire (mi novia de pie, mi novia inclinada sobre la mesa y a punto de saltarse a la libertad)...

Quizás fue porque venía cargado con el problema de la loca, porque estaba irascible y me hacía falta otro pase. Pero ahí nomás, así como estaba, me levanté de la silla y arrastré a mi novia afuera. Alan, por supuesto, puso cara de puto y dijo algo sobre el atropello. El otro me gritó que a las mujeres se las trata bien. No me importó nada más. Lo único que quería era escapar.

-¡Salí de acá, puta! -le grité a mi novia mientras subíamos las escaleras.

Cuando estuvimos en la calle, la empujé contra una pared. Usé el mismo sustantivo para expresarle lo que había sentido al verla -tan hermosa e inocente- con esa cara de desesperada ante el negro desnudo. Entonces bajó los ojos. Por un momento pareció que estaba por llorar. Eso me provocó una infinita ternura y le dije:

“perdón”

Ella me miró a los ojos y seguí con:

“me puse celoso”

Y entonces sonrió y me dio un beso en la puerta de un edificio, en lo que antes hubiera sido un zaguán.



### 3

## A bout de souffle

Quizás por tanto caos agradezco estos momentos de calma. Poder escribir un poco, verlos dormir flotando o flotar durmiendo, las colas replegadas, el zumbido de la pecera, darme cuenta si las burbujas se están haciendo grandes y explotan en la superficie haciendo un “paf” que apenas se oye, o si justo les nada un lebiste por encima y se rompen antes, suben burbujas de soda. Si estuviera adentro, las burbujas importarían poco. ¿Qué puede importarle a un lebiste que pasa el día nadando? Lo único que vale la pena es saber a qué hora le tiran comida. El resto, apenas agua, piedritas, perseguir a las hembras que, de todos modos, no pueden escapar. Ni siquiera hay historia para cagar: los tipos siguen nadando y el rulito de sorete se va dejando caer solo; se hace de noche hasta que al final se despren-

de. Un día entero consagrado a un hilo de caca que no termina de caer, que se va alargando como un poema y viborea entra las piedritas. Veinte litros de agua entre cuatro paredes de vidrio. Una planta artificial, dos aireadores, el cartel de “No pescar” a un costado. Elijo los lebistes porque además tienen sexo. Todos los peces lo tienen, pero en éstos es más visible. Los machos persiguen a las hembras y le eyectan el semen, que viaja por el agua y se les mete adentro. Todo el tiempo hay alguna pareja apareándose. Todo el tiempo, también, hay alguna hembra embarazada. A veces veo el nacimiento de las crías. Sale el huevo y, casi al mismo tiempo, el huevo se rompe y aparece la cría. En pocos minutos la pecera se llena de pececitos que son puro ojo negro y colita transparente. Y el macho anda por ahí, comiendo pelusa de las piedritas.

-¿Me hacés tostadas? –me pidió mi novia ni bien nos despertamos.

Me había costado quedarme dormido. La loca se me venía a la cabeza todo el tiempo. La imaginaba riéndose, diciéndome pelotudo, caminando con la tijera en la mano. Tenía la necesidad de levantarme y salir a la calle. Después, no sé cuándo, por fin me dormí. Hubo un momento, en medio de la noche, en que dejé de pensar en la loca. Hoy, cuando abrí los ojos, lo primero que pensé fue que tenía que saber qué había pasado.

El problema era volver a la escena del crimen. Cualquiera que haya leído un policial sabe que el inspector espera que el asesino vuelva. Pero una vocecita interior me decía que tenía que ir. Era un nuevo día, y la cabeza no siempre se acomoda a lo que pensaba el día anterior. Había recuperado una parte del “yo”, pero algo había quedado del otro lado de la noche. Si quería

volver a vivir, tenía que asegurarme de que la loca estaba bien. Además, tenía una buena para mostrar en el purgatorio<sup>1</sup>.

Pero estaba mi novia, y había que sacarla.

-¿Me hacés? –insistió.

-¿Qué?

-¡Tostadas!

Juro que estuve a punto de levantarme a buscar el pan. Sin embargo, no quería empezar mi nueva vida con la carga de la loca en mi conciencia.

-Mi amor –le acaricié la cara.

-¿Qué?

-Mi amor...

-¿Qué pasa? Me estás preocupando...

-Pasó algo.

Abrió los ojos. Me sacó la mano de la cara.

-Me olvidé de decirte: le prometí a Alan que hoy lo acompañaba al médico.

-¿Un domingo?

-Es hospital público.

-¿A qué tiene que ir?

-No te puedo contar.

-¿Por?

-Porque le prometí que no te contaba.

-...

-Así que perdón, pero te tenés que ir.

Le cambió la cara. La boca se le endureció, tragó saliva, se sacó las sábanas de encima y se levantó dando pisotones. Se metió

---

<sup>1</sup> En la teología católica, el purgatorio es el lugar de limpieza y expiación donde, después de su muerte, las personas que han muerto sin pecado mortal (ofensa directa a Dios), pero que han cometido pecados leves en su vida, tienen que limpiar esas culpas para poder alcanzar el cielo.

en el baño. Al rato estaba vestida y con la cartera colgada en un hombro.

-¿Por qué estás vestida tan puta?

-Porque es la ropa de noche.

-¡Peor! ¿Así de puta salís a la noche?

-¡Salí con vos!

Me puse el jean y una remera limpia. Me lavé la cara. Cuando salí del baño, mi novia estaba parada en medio de la habitación, moviendo el pie derecho. Esperaba que le dijera algo para empezar una pelea. No le di ese gusto. Bajamos, salimos a la vereda, levanté la mano y paré un taxi. Le abrí la puerta y le di la plata para el viaje.

Ni siquiera me agradeció.

No me acordaba el piso, pero tampoco estaba seguro de lo que estaba por hacer. Me quedé de pie, mirando el edificio donde vivía la loca. Tenía dos posibilidades: tocar cada uno de los timbres preguntando por la loca o llamar al encargado. Con la primera iba a perder mucho tiempo, así que elegí la segunda.

El tipo era petiso, panzón, con bigotes a lo Freddie Mercury. Le dije que tenía una amiga en el edificio, pero que no me acordaba el piso.

-¿Cómo es *tu amiga*? -me guiñó un ojo.

-Pelirroja.

-¡Ah! -la cara se le transformó; me miraba como si estuviera a punto de meter la cabeza adentro de un inodoro-. Piso doce.

Pensé que era una buena altura para que la loca se tirara por la ventana. Mientras pensaba, me quedé más de la cuenta frente al encargado y le di tiempo a que empezara una conversación.

Me dijo que él había sido arquero en un equipo de primera B, que era el mejor arquero de todos, tan bueno que lo habían lle-

vado a jugar a la A. Parece que en la B había jugado como cincuenta partidos y le habían metido nada más que tres goles (uno de penal). Pero en primera se le hizo más difícil: estuvo sentado en el banco de suplentes como tres años, porque arriba de él estaba el arquero de la selección. Me dijo que a veces el tipo se mandaba alguna macana y siempre había un viejo que le gritaba desde la platea:

¡Entrá vos, pibe! ¡Entrá vos!

Pero él sabía que el técnico lo iba a proteger al otro, que iba a tener que esperar hasta que llegara el momento. Además, el equipo venía bien y si el arquero titular se comía un gol, tenía poca importancia porque los delanteros estaban afilados y metían de a tres goles por partido.

Hasta que un día el arquero saltó para tapar una pelota, voló en el aire y fue a pegarse la cabeza contra el palo del arco. Iban cero a cero, era el partido que los podía dejar primeros y estaba terminando.

¡Entrá vos, pibe! ¡Entrá vos!

El viejo de siempre se había levantado a los gritos y el resto del platea lo acompañaba.

¡Entrá vos, pibe!

¡Entrá, pibe!

¡Entrá vos! ¡Pibe, entrá!

-Y entré -dijo el encargado, hizo una pausa, miró hacia el horizonte. El aire de un suspiro le movió los pelitos del bigote.

El tipo se paró en el arco. Miró la cancha llena a su alrededor. Sentía la adrenalina corriéndole por el cuerpo, una fuerza inusitada en esas manos listas para alcanzar la gloria.

No terminaba de sorprenderse cuando vio que la pelota salía desde el arco de enfrente, cruzaba toda la cancha, quedaba sos-

tenida en el cielo y como si estuviera teledirigida caía de golpe encima de él y se le metía justo al lado del hombro, silbándole el gol en la oreja.

-Y... esas cosas se recuerdan toda la vida –dije y sonreí.

Se quedó callado, la mirada al piso. Estaba por sacarme al tipo de encima cuando vi llegar un policía. Cruzé la calle corriendo.

Me escondí atrás de un semáforo. El policía se acercó al encargado. Tenía los pulgares metidos adentro del chaleco antibalas; caminaba con las piernas rígidas. Se plantó frente al encargado, le hizo la venia. El encargado pareció despertar.

Vi que hablaba rápido, moviendo los brazos. Traté de leerle los labios. Pareció que decía “Acá el muchacho estaba preguntando por ella”, pero no estaba seguro. El bigote me tapaba la boca y era posible que todo fuera paranoia mía. Respiré hondo. Ahora el policía volvía a hablar y el encargado lo miraba serio. Le respondió. ¿“Vaya nomás que yo le aviso”? Empezaba a tranquilizarme. El policía repitió la venia y dio media vuelta. Estaba a punto de irse cuando el encargado me vio.

“Ahí está el pibe”, atrás de los bigotes. El dedo apuntando al semáforo que me escondía.

El policía parecía sacado de *Robocop*. Tenía la cara cuadrada, el pelo corto; el cuello sólo era más grueso que mi pierna. Cruzaba la calle dando pasos firmes, las manos en el chaleco. Pensé en correr. Me imaginé esquivando a la gente en medio de la calle, Robocop persiguiéndome con una mira láser, una voz de alto y al final el tiro en la espalda, helicópteros, *somos del FBI*.

Me temblaron las piernas cuando se me plantó delante.

-Buenas tardes, señor –dijo, otra vez la venia.

Hice la venia yo también.

-Me puede mostrar sus documentos, si es tan amable.

Me hubiera gustado decirle que yo era poco amable, que la amabilidad siempre fue una deuda pendiente en mi vida y que, además, estaba sin los documentos. Y que me hubiera encantado dárselos de haberlos tenido, pero que me encontraba “sin ellos” por causas que me eran ajenas a mi voluntad, ya que había dejado mi domicilio en horas de la mañana y había olvidado “munirme” de los correspondientes documentos que acreditaran mi existencia como ciudadano de la república dentro de cuyos límites se desarrollaba mi experiencia empírica, es decir, mi vida. Y que lamentaba no poseer los susodichos, por supuesto, aunque consideraba poco apropiado que un uniformado se dedicara a solicitarle su documentación a ciudadanos de bien que ningún mal hacemos transitando por la vía pública en circunstancias por completo normales.

-No traje documentos –respondí, la voz a punto de quebrarse.

-Entonces me va a tener que acompañar a la *comisería*.

Sonreí.

-De todas formas –dije-, puedo tener alguna otra cosa...

Levantó la mandíbula y abrió las manos. Busqué en los bolsillos. Encontré un billete de veinte pesos.

Robocop miró alrededor, se hizo el distraído y manoteó el billete.

-Le voy a solicitar que la próxima *vuelta* salga con documentos –dijo.

Otra vez sonreí.

Volví a casa dispuesto a una sola cosa: tirarme a dormir y despertarme cuando me hubiera olvidado de la loca. Antes, me preparé una hamburguesa. Recién entonces me había dado hambre. Habían desaparecido las ganas de seguir tomando merca y, por fin, todo volvía a ser normal. Algo parecido al sueño o el cansancio –o una combinación de los dos, más la vergüenza, la culpa, las ganas de pegarme un tiro, la necesidad

de terminar con una etapa de la vida que ya no tenía nada más para ofrecerm- apareció y me llevó de la mano a la cama.

Ni bien me acosté, se me pasó el sueño. Tenía un libro en la mesa de luz, así que me puse a leer. Cuando llegué a la página 59 me había aburrido tanto que dejé el libro sobre la mesa de luz y caminé al baño. Me senté en el inodoro con las piernas abiertas, los ojos cerrados, las manos sobre la panza. El buen cagador sabe que la fuerza arruina el placer. Dejé que viajara sólo a través de los intestinos. Lo sentí abrirse paso. El sorete asomó en el reflejo del culo en el agua; una puntita oscura recién venida a morir. Empezaron las cosquillas en la espalda, el erizamiento de los pelos. Una vibración a lo largo del cuerpo mientras el sorete se desperezaba y se dejaba caer, dócil, hacia el orgasmo. Extendí lo más que pude el final. Lo dejé acomodarse sobre el inodoro despacio, apenas una alteración en el agua. Como en un buen maridaje, hubo el sonido y hubo el aroma de caca mezclada con agua. El sorete cruzado en el fondo del inodoro, amo y señor de su pequeño mundo antes de perderse en el purgatorio de las cañerías.

Se habían hecho las cuatro de la tarde. A esa hora siempre me deprimó, sobre todo los domingos, cuando hay un sol como el que había esta tarde. Me deprimó tanto que no se me ocurre nada para hacer.

Pero hoy necesitaba hacer algo.

-Hola, mi amor -le dije a mi novia por teléfono-, ¿vamos a mendar?

-Pero tengo que estudiar.

-¿De verdad?

-Sí.

-¿Justo hoy?

-¿Cuándo querés que estudie?

-Mañana.

-Mañana también.

-...

-¿Qué?

-Tenía ganas de que fuéramos a merendar.

-Yo también, pero si salgo después no estudio.

-Está bien.

-¿No te molesta?

-No. ¿Cómo me va a molestar?

-Parece que te molestara.

-¿Por?

-Tenés voz como que te molesta.

-Para nada.

-¿Ves?

-¿Qué?

-Dijiste "Para nada". Eso es que te molestó.

-Ya te dije que no.

-Bueno, no hace falta que me lo digas así.

-¿Y cómo querés que te lo diga?

-Bien.

-Te lo dije bien y seguiste rompiéndome las pelotas.

-Está bien, no digo nada más.

-Me parece bien.

-...

-...

-¿Qué?

-...

-¿Qué pasa ahora?

-...

-¿Estás llorando?

-No.

-Sí estás llorando.  
-No estoy llorando.  
-¿Y por qué hablás como si estuvieras llorando?  
-Porque sí.  
-¿Ves? ¡Estás llorando!  
-No entiendo por qué me tenés que tratar mal.  
-¿Quién te trató mal?  
-¡Vos!  
-¿Cuándo?  
-¡Me dijiste que te rompo las pelotas!  
-No empieces con boludeces...  
-No son boludeces.  
-Para mí, sí.  
-Bueno. Para mí, no.  
-Está bien.  
-Pedime perdón.  
-...  
-Pedime.  
-¿Qué?  
-¡Perdón!  
-Perdón.  
-Bueno.  
-...  
-...  
-¿Vos todo bien?  
-Sí.  
-¿Tenés mucho para estudiar?  
-Sí.  
-...  
-Igual, recién estuve hablando con Mery.  
-¿Qué dijo?

-¿Te acordás que te conté que había empezado a salir con un flaco?

-Sí.

-Bueno, parece que el pibe estuvo preso...

-...

-...dice que ella ya lo presentía; viste que las mujeres nos damos cuenta de esas cosas...

-...

-...y me contó que había estado preso ocho años.

-...

-¿Sabés qué hizo?

-No.

-¡Mató a la novia!

-...

-Terrible.

-¿Cómo sabe?

-¡Le contó él!

-¿Cómo le va a contar eso?

-Es lo que yo dije. Igual, mejor.

-Sí, no sé.

-Por lo menos ya sabe quién es el pibe.

-¿Sigue con él?

-Sí.

-¿Aunque mató a la novia?

-Sí.

-¿Por?

-Porque lo quiere.

-¿Justo a un tipo así?

-Sí.

-Qué loca que está esa chica.

-¿Por qué lo decís?

-¿No te parece raro a vos?

-Sí, pero bueno.

-¿Bueno, qué?

-Si lo quiere...

-Así que vos estarías conmigo aunque yo fuera un asesino.

-No sé.

-¿Cómo que no sabés? Si tu amiga está con ese pibe...

-Pero es distinto.

-¿Por qué es distinto?

-Porque ellos recién empiezan.

-...

-...

-...

-¿Qué?

-Nada.

-¡Es distinto! Ya sabés.

Me quedé callado una vez más. Esperé. Como ella tampoco quería seguir hablando, le dije que me tenía que bañar y corté. Todavía tenía ganas de salir de casa. Necesitaba un cambio de aire. No sé por qué, pero recién entonces me acordé de Lola.

## 4

### Samaritan girl

Durante un tiempo me obsesioné con el cine oriental, así que anotarme en algo así era cerrar un círculo. Nunca me gustó la violencia. Taekwon-do, Judo o Karate estaban fuera de las opciones. Intenté con Yoga, pero había que hacer demasiado esfuerzo. Me tenían todo el tiempo bajando, subiendo, estirando una mano, el brazo, poniendo firme la columna... Lo único que me gustaba era la parte del final, cuando nos acostábamos y la profesora decía que nos imagináramos una nube, una luz azul, una persona que nos dice algo lindo. Un día pasé por Escuela de Bonsái del Sr. Fumi. Ahí conocí a Lola.

Estaba sentada, podando un arbolito que le cabía en la mano. Lola parecía sacada de *Unknown address*, pero sin el ojo roto. Hasta se vestía como en las películas: una pollera corta, las medias subidas, remera marinera. Nunca supe el nombre verdadero; le

habían puesto Lola por la novela de Nabokov. Me gustaba porque con ella me podía hacer el intelectual. Eso sí: jamás sonreía.

-¿Para qué voy a sonreír si todo el mundo piensa igual que soy una china de mierda? –decía siempre.

Tenía razón, la china. Hasta el señor Fumi la miraba mal y apenas le dirigía la palabra. Al principio creía que eran parientes, que él era el padre o algo así. Pero después ella me contó que Fumi era japonés, que ella era china y que no conocía las películas de Kim Ki Duk, que, por otra parte, era coreano.

Además de hacer un curso de bonsái, Lola escribía poesía y trabajaba de cajera en el supermercado del padre. No sé si era una tomada de pelo o la única palabra que sabía el padre en español, pero el supermercado se llamaba “Sonrisas”. A la salida del jardín del señor Fumi siempre pasábamos por el supermercado, Lola sacaba una cerveza y nos íbamos a fumar a mi casa. A veces nos teníamos que quedar ahí y entonces fumábamos en turnos, escondidos en el depósito de la parte de atrás. Pero esas cosas las hacíamos cuando estábamos solos. Si aparecía el padre, Lola me sacaba a las patadas.

Recién abrían cuando llegué; Lola estaba en la caja, a los gritos con el peruano.

-¡Andá, vos, traé para acá las monedas que me quedó vacía! – le gritaba moviendo un brazo para arriba y juntando los dedos de la mano.

Cuando se dio cuenta que yo estaba ahí, hizo una mueca.

-Te tengo que decir algo –dije.

-¿Con esa cara de pelotudo?

-Sí.

-¿Qué pasó?

-Nada.

-¿Nada?

-No.

-¿No me tenías que decir algo?

-Me arrepentí.

-Sos boludo, ¿eh?

Abrí las manos y levanté los hombros. Ella respondió con otro gesto típico: se mordió el labio inferior y me apuntó con el mentón.

-Escribí un poema nuevo –dijo.

Siempre me hacía leer sus poemas. No estaban mal, pero para ser de una oriental le faltaban ruiseñores, grullas y flores de loto. Eran demasiado femeninos: la mitad de lo que decía tenía que ver con la menstruación, los ovarios y la leche; y la otra mitad con el pito de algún hombre que la había dejado. Encima eran demasiado largos y Lola los recitaba monótona, como si leyera la lista de precios de la carnicería.

-Está muy lindo –mentí, cuando por fin terminó.

-¿De verdad?

-Un poco largo, solamente.

-¿Te parece?

-Podrías escribir un haiku. ¿No probaste con los haikus?

-Eso es japonés, boludo.

Salí a mirar a la puerta. Conocía bien esa cuadra. Hacía tiempo que visitaba a Lola y había estado en esa misma puerta, mirando la cuadra, tantas veces que ya me sentía parte del paisaje. Sabía poco de lo que había hacia el lado de la avenida, porque nosotros siempre llegábamos desde la otra parte, desde la plaza. De la plaza y las callecitas que nos dejaban en el supermercado, me sentía tan dueño yo como todo eso de mí. “Nos pertenecíamos”, diría un mal poeta. Pero del otro lado, de donde alcanzaba a ver los autos que pasaban por la avenida (un cruce con semáforo que sí era parte del pedacito mío), conocía sólo su

potencial existencia. Jamás había estado ahí, aunque quedaba mucho más cerca. Si me ponía a calcular, no había más que dos o tres cuadras que yo conociera de verdad. Es decir, que sintiera parte de mí. Cuando uno está adentro de una ciudad durante toda su vida, el espacio se va achicando como una pelotita de papel: Buenos Aires es nada más que un barrio para mí, y el barrio es algunas cuadras –mi cuadra- y de mi cuadra, el palier de mi edificio, el ascensor, la puerta, el departamento, mi habitación, mi cama, la almohada. Nada más de vez en cuando –por ejemplo si uno se para en la puerta de un supermercado y se queda mirando- uno se apropia de otra parte.

No sé por qué se me ocurrió pensar en esas cosas, pero de ese pensamiento pasé a la loca, y entonces sentí como que me estaban acariciando con la punta de un helado Torpedo en la espalda. A mí la cuadra de la loca me significaba muy poco. Ni siquiera había estado más de dos o tres veces. Su cuadra, su casa y su vida me eran desconocidas. De haberla conocido antes, seguramente todo se hubiera precipitado: hubiera estado en su casa con menos edad, mucho más joven, y me hubiera encontrado en su living, sentado en la silla. Y ella me hubiera dicho qué estaba rica, la loca se iba a poner roja, la iba a mirar, se iba a reír con una carcajada horripilante que se iba a parecer a la risa de todas las brujas que había visto en mi vida en los dibujitos de canal once. Se iba a reír doblada sobre mi cuerpo, apoyando la cabeza y el pelo sobre mi cuerpo, con la lengua afuera y una corbata de saliva que le iba corriendo por el costado de la boca. Y se iba a seguir riendo. La miraba fijo y se iba a reír, me miraba a mí y se reía; se iba a reír tanto que me empezó a molestar y me entró una furia tan grande que corro a abrazarla, le digo que me la toque, le exijo que me la toque, pero ella se niega y yo le creo, le pido perdón, le suelto la mano y me vuelvo a sentar,

ella me dice que le diga que la quiero, y yo te quiero, mi amor, te quiero tanto que te bajo todas las estrellas y te hago un collar distinto para cada noche, ella me dice que quiere tener hijos conmigo y yo le digo que les ponemos nombres en inglés, *yes, baby*, me dice ella y yo la abrazo fuerte otra vez, tanto te amo, y me pide que le diga que se va a casar conmigo, que se lo prometa, y entonces yo me enamoro, los dos nos besamos felices, todavía soy incapaz de distinguir entre los sentimientos y el sexo y estoy lejos de ser quien seré cuando envejezca, entonces le prometo todo, me lo creo yo también y le prometo, digo la verdad cuando prometo, así lo siento, ella llora emocionada y yo la beso, me pongo a llorar, salimos los dos de la mano y nos llueve arroz desde los balcones, nos vamos en un descapotable blanco que hace ruido con las latas, recién casados, el amor es más fuerte y estamos enfermos de amor, nos amamos, nos amamos, nos amábamos,

-Dejá de pensar pelotudeces –gritó Lola- ¡Vení para acá que te quiero mostrar algo!

, nos amábamos.

La miré: Lola estaba parada en la caja, con un WD-40<sup>2</sup> en la mano, haciendo como que le echaba lubricante a un culo que había armado juntando dos dedos de una mano.

-¡Dejame de joder! -dije y me di vuelta.

Entonces le conté todo.

La pecera es un lugar en el mundo. No para mí, pero podría serlo. Nada más que con saber que el agua va a estar siempre

---

<sup>2</sup> WD-40 es un acrónimo de "Water Displacement - 40th Attempt". Se trata de un aceite compuesto en su mayoría por hidrocarburos, creado por Norm Larsen en 1953 para evitar la corrosión, y cuya fórmula tuvo éxito en el intento 40.

tibia, alcanza para que toda la pecera sea como una almohada donde pasarse la vida flotando, escupiendo burbujas.

Mientras tanto hay que conformarse con lo único que se puede hacer ante un mundo que cabe sobre una mesa: mirar. Estoy escribiendo y escucho el zumbido del aireador. Es un sonido tan familiar que jamás lo escucho, excepto cuando quiero que me interrumpa. Cuando eso sucede, el único remedio es dejar de escribir, sentir otra vez el deseo de formar parte, y que ese deseo se traduzca en la imposibilidad. Entonces aparece la misma respuesta de siempre: las ganas de vomitar.

Se me ocurrió una novedad: poner un espejito para reflejarme adentro de la pecera. Es cuestión de probar. Si uno se mira fijo mucho tiempo, se empieza a confundir. Si miro ahora, por ejemplo, me veo reflejado en el espejo; y si además me miro fijo, una parte de mí termina siendo de los dos.

No es ninguna novedad, ni hace falta tener la pecera llena de axolotls. Cuando uno tiene el deseo de desdoblarse, cualquier excusa es válida. Por ejemplo, mirarse en un espejo adentro de la pecera hasta saber de qué lado del vidrio estás.

Hay algunas paradojas: sentirse mojado significa estar del lado de afuera; sentirse volar, es estar en el agua. El frío es una sensación que no conozco cuando estoy adentro. Los lebistes son peces tropicales y están acostumbrados a una temperatura cotidiana de tarde de primavera.

Yo mismo puedo estar despreocupado en el agua tranquila del Mar Caribe. Pasear entre el barco pirata y las plantas de plástico. Que un lebiste te salude con la cola enorme. Que la hembra te vea llegar y se escape, que su primer impulso sea siempre el escape.

-Vamos juntos, yo te acompaño.

Aunque no tenía intenciones de ir otra vez a la casa de la loca, lo decía como si me estuviera haciendo un favor. Me empujó a la calle. En ese momento me pareció normal que supiera dónde vivía la loca. Pasé por alto que Lola tomara la delantera y me obligara a seguirla.

Iba cantando algo en chino, una de esas canciones que ponen en los supermercados. Yo trataba de seguirle el ritmo, pero las piernas no me respondían.

Cuando pasamos por Once caminé más despacio. A cada rato se paraba para mirar las vidrieras, entraba a preguntar por algún precio. En cada parada, yo pensaba en salir corriendo. Sabía que tenía que ir para terminar con toda la historia de una vez por todas; pero, por otro lado, mientras no tuviera ninguna confirmación, estaba a salvo. La culpa debió ser más grande que el instinto de supervivencia, porque aunque cada vez me convencía más de que todo lo malo que podía pasarme se iba a activar a partir del momento que comprobaba la muerte de la loca, al mismo tiempo no dejaba de caminar.

Lola jugaba con eso; disfrutaba sabiendo que cada nuevo paso era una victoria de una parte de mí contra otra.

-Esperá –dijo en un momento-. Tengo hambre.

Paró en un kiosco y se pidió un súper-pancho. Estuvimos diez minutos hasta que el kiosquero sacó la salchicha del agua, abrió el pan, puso la salchicha, le agregó papas fritas, mayonesa, ketchup y mostaza.

-Pensé que solamente comían arroz –dije.

Lola me miró, se metió media salchicha en la boca, pasó el dedo del medio por el pancho y levanto la mano izquierda delante de mi cara, mostrándome el dedo parado.

-Ésta vas a comer vos – dijo con la boca llena, la lengua sucia de migas de pan y mostaza.

Había que verla a la china, ya con el pancho en pleno proceso digestivo, caminando en línea recta por la ciudad. Parecía que estaba deslizándose arriba de una patineta; era como un palito de helado comiéndose las cuadradas, llevándose por delante la ciudad. Faltaba poco para llegar y yo empezaba a sentir la náusea. Le dije que mejor volviéramos. No tenía sentido. Si hubiera pasado algo grave, ya me habría enterado. Estaba a punto de dar media vuelta cuando Lola señaló una vidriera.

-¿Es bueno ése? –apuntaba a una librería.

-¿Me estás cargando?

Entramos. Sobre la mesa de novedades había libros viejísimos, uno más bueno que otro. En otro, sin cartel de “novedades”, estaban los más nuevos. En un rincón había una mesa con nueva narrativa. Hubo un libro que me llamó la atención: se llamaba *El impostor* y estaba escrito por mí.

-Mirá –le mostré la tapa a Lola.

-¿Y eso?

-No sé.

-¿Será bueno?

Lo abrí; pasé las hojas rápido.

-Tiene buenos diálogos –dije-. Naturales.

-Con eso no alcanza.

-Es algo.

-Sí, boludo, pero buenos diálogos hay en cualquier libro.

-No creas. Hay algunos donde reproducen los diálogos, por ejemplo, como si no estuvieran hablando, ¿entendés? Me refiero a esos diálogos poco naturales, artificiosos, donde el lenguaje es puesto a prueba y no consigue mantenerse a salvo en dicha prueba.

-Vos te referís a esos diálogos que utilizan palabras como “utilizan”.

-Exacto.

-Sí, son un bajón.

Nos reímos los dos.

-Estás mirando demasiadas películas de Godard, boludo.

-Encima...

-Encima ya fueron. Ponerse a escribir un libro como una película del año cincuenta...

-Soy un boludo.

-Ni hablar.

Me sacó mi libro de las manos y casi me arrastró a la calle. No volvimos a frenar. Me llevaba volando por la avenida. Lola se adelantaba para cruzar los semáforos antes de que terminaran de dar el rojo, se mandaba unos piques de cincuenta metros, miraba la hora cada sesenta y ocho segundos, me empujaba si había que hacerlo, me sacudía si tenía ganas de violentarse... Y yo trataba de hacerme a la idea mientras reflexionaba. Había un pensamiento que no me dejaba en paz: Hasta acá había llegado el camino con Lola.

Es decir:

Todos los hechos que se habían encadenado desde que la vi podando el ombú en lo del señor Fumi...

... (cuando fuimos al zoológico y ella escupió a los monos, cuando se trajo dos botellas de champagne que le había robado al padre, cuando la encontré llorando porque la había dejado el novio peruano, cuando alcancé a ver adentro de su cartera las toallitas, cuando me robé la lata de atún del supermercado y ella se dio cuenta y me corrió a escobazos, cuando se puso borracha y yo le dije que había que sacarle la ropa para que se le pasara el mareo, cuando tenía un grano de arroz pegado en la remera, cuando hizo una mueca que se parecía algo a una sonrisa una vez que aprendí a putear en cantonés)...

... iban a terminar en esa casa, en ese momento, con la china y yo entrando a ver a la loca muerta.

-Es acá –dije, pero Lola ya caminaba a tocar el timbre.

Esperamos. El camión de la basura pasaba por la calle, frenaba, los basureros chiflando.

-Tocá otra vez.

Lola dejó el timbre apretado hasta que el camión volvió a arrancar. Nos miramos.

-No atiende –dijo.

Hasta ese momento había pensado que era imposible que hubiera pasado algo así. Siempre había sido un tipo con suerte. A mí nunca me pasaban esas cosas. Jamás; ni siquiera las más sencillas. Hasta ese momento, las desgracias siempre le habían sucedido a otro. Eran otros los que se caían de los aviones, los que quedaban en medio de un tiroteo o los que se habían roto la cadera al bajar del colectivo. Los hechos lamentables habían ocurrido siempre a una distancia tan prudencial de mi existencia, que me era imposible entender lo que estaba por suceder.

-Es imposible –repetí en voz alta mientras sentía que algo me apretaba el cuello.

Lola negó con la cabeza. Por primera vez, se la veía triste. No sabía cuál era el próximo paso. ¿Tenía que entregarme? ¿Escapar? ¿Podía esconderme en el supermercado?

Estaba pensando cuando una vecina apareció del otro lado de la puerta. Abrió.

-¿Quieren pasar? –dijo.

Estaba listo para negarme, pero Lola ya tenía un pie adentro.

No tuve más remedio que seguirla. Lola llamó al ascensor, me empujó para que pasara primero. Cuando llegamos al octavo piso, abrió la puerta y corrió hasta el departamento B. Pegó un

grito y largó una patada de karate. La puerta se desplomó adelante nuestro.

Lola entró primero, pasó por encima de la puerta. La luz del departamento estaba encendida y había un olor parecido a queso mojado. Las piernas me temblaban. Lo único que quería era encontrar el departamento vacío, la cama hecha, las huellas de un día normal en la vida de la loca.

Pero entonces vi que Lola se tapó la boca. Miraba hacia la habitación.

Ahí estaba. Con un moretón en el medio del pecho; con la panza mugrienta de sangre; con la cara sonriendo una mueca de espanto;

estaba mi novia, muerta.



## 5

### Samsara

Todo el mundo tiene un perro, un gato o un canario; pero una pecera es para pocos. Hay gente que piensa que traen mala suerte, como los gatos negros. Varias veces me lo dijeron y en todas pensé que quizás tenían razón. Lo que pasa es que cuando me miro en el reflejo del agua y es tan fácil nadar y mezclarse con los lebetes, me olvido de la mala suerte, me animo a navegar, saludar a mis compañeritos que pasan boqueando. ¿A qué hora se come? ¿Qué día toca la fiesta de las lombrices tubífex?

Es cuestión de adaptarse. Está tibio en la pecera, pero al mismo tiempo siempre fresco. Es lo mismo que sea invierno o que sea verano; el agua está linda y la comida aparece desde arriba y después se va (y uno tiene que andar comiendo de las piedritas del fondo, tragarse un poco de caca), y si no hay comida se

pueden chupar las plantas, aunque sean de plástico, y comerse la pelusita. De fondo, siempre, el gorgoteo de las burbujas que salen como papel picado por los tubos del aireador. Incluso la enfermedad –que también pasa por la pecera, como la muerte– se vive con esa plenitud: cuando un lebiste se enferma, se esconde entre las plantas y se queda quieto, con la cola replegada como si estuviera sentado arriba de un nido. Y lo mejor es que siempre se vuelve de las plantas. Pasan algunos días, pero a la larga –no importa qué pase– se ve al pescadito flotando otra vez (dos modos de recuperar el espacio: mueven la colita a un lado y el otro, la frente derecha en rumbo elegido, o el cuerpo les va subiendo sólo, parece que los estuvieran pescando con un pio-lín que se los lleva doblados, de costado, la cortina puesta a lavar).

De este lado, Lola tan blanca y en ataque de nervios, puteando que la loca estaba muerta. Lola gritando. Lola corriendo fuera del departamento.

No le expliqué que ésa no era la loca.

Me quedé mirando. No sabía cómo seguir. Solo, frente a mi novia muerta, no sabía cuál era el siguiente paso. ¿Cómo se reacciona ante un cadáver si nadie más está en la habitación?

Se me ocurrió que lo mejor era la muerte. Si en ese momento me hubieran dado un revolver, habría pensado en pegarme un tiro e igualarme. También podía actuar el dolor, pero ¿ante quién? Lamenté no creer en ningún Más Allá. Me costaba pensar que mi novia podía verme desde algún lado. No tenía sentido arro-dillarme a llorar.

Estaba triste, pero no podía llorar.

-Yo no la maté –dije, en voz alta, para asegurarme.

Enseguida entendí que tenía que encontrar a la loca si no quería ser el primer sospechoso. La última vez que había hablado con

mi novia habíamos hablado de un novio asesino. Si ella le había contado a alguien nuestra conversación, hasta un policía como Robocop podía atar cabos y acusarme. Con la sospecha encima, el resto saldría por descarte. Todo lo que había hecho en las últimas horas, todo lo que le había dicho, todas las veces que nos habíamos visto en este tiempo, iban a ser una prueba. Tenía que encontrar a la loca y hacerla confesar.

Al principio me sentí perdido: ¿dónde podía estar? Me respondí cuando recordé qué día era: domingo a la tarde, poco después de las seis.

Fueron veinte minutos en tren.

La tarde estaba hermosa: en la estación apenas había gente y brillaba el sol; las calles rodeadas de árboles; la plaza, los chicos, el óxido de las hamacas; la casa del escritor. Era mejor que la hora de la siesta, porque había un poco de vida. Caminé despacio para aprovechar la oportunidad: estaba solo y nadie me conocía. Durante cuatro cuadras no tuve que ser ningún otro.

Iba silbando, pero me interrumpía para respirar una bocanada de aire con olor a pino. Un pajarito cantaba en una rama. El pío me acompañó hasta que estuve delante de la puerta de la casa. Toqué el timbre. Un perro empezó a ladrar. Estaba a pocos pasos de enfrentarme con la loca y sin embargo todo era tan lindo, que lamenté cargar con el peso de una novia muerta.

La señora se asomó detrás de la reja:

-Pasá -dijo-. Ya empezaron.

Entré directo a la sala de estar: alrededor de la mesa, cada uno con su taza de té, estaban el viejo, un periodista, una actriz, otro escritor de unos cuarenta años y una silla vacía para alguno que nunca había llegado, y que reemplacé sin que nadie lo notara. El viejo casi ni hablaba, nada más movía la cabeza, escondía un poco más los ojos.

-¿A vos cuánto te dieron de adelanto? –preguntaba el periodista mientras sostenía, a medio metro de los ojos, el último libro del escritor.

-Los hijos de puta no me dieron nada –respondió el escritor con la voz cascada.

Ninguno tenía idea de quién era el invitado que faltaba. El viejo me miró y se sonrió, después volvió a cerrar los ojos.

-Yo estoy escribiendo una novela también –dijo el periodista.

-¿Vos? ¿Qué pasó? ¿Te aburríste de contar historias reales?

-Me entraron ganas de escribir.

-¿Quién te va a publicar?

-No sé, ni siquiera la terminé, todavía.

-Mandala a algún concurso de afuera. Ahí te ganás unos buenos mangos.

-Sí, pero primero la tengo que terminar...

-Habla con alguien del diario, capaz te dan una mano.

-Tengo que ver... igual, el problema es que todavía no le encuentro un final que me vuelva loco.

-¿Qué te importa el final? Dejalo abierto, así se venden más libros.

-Es verdad, a los intelectuales les gustan los finales abiertos. Yo por eso siempre los dejo así.

-Querido, con los intelectuales no vas a ningún lado. Los libros se venden cuando a los intelectuales no les gustan.

-¡Yo también estoy escribiendo un libro, chicos! –avisó la actriz, haciendo movimientos exagerados con los brazos.

-¿Vos escribís?

-Siempre escribí... ¿no sabían? Las mujeres también escribimos. Y nos masturbamos.

-¿Cómo es eso de la masturbación?

-¡Qué pregunta, corazón! Es cuando te tocás...

-Sí, ya sé lo que es. Te pregunto en sentido más amplio...

-¿Ustedes quieren saber cómo nos masturbamos las mujeres?

-Claro. ¿Meten un dedo?

-¿O dos?

-Chicos, cada una tiene una forma distinta. Incluso estamos las que preferimos hacerlo siempre con un hombre inteligente al lado.

-O arriba.

-¡O atrás!

-¿Ustedes se masturban mucho?

-Él, sí.

-Es mentira. Los periodistas somos gente seria.

-A mí me parece que el periodismo es serio siempre, porque la seriedad es una impostura. El periodista tiene que estar serio casi por obligación, porque en nuestra sociedad moderna, incluso todavía hoy, "seriedad" es un concepto íntimamente vinculado a "credibilidad". El problema es que el hombre del siglo XXI es incapaz de sostener su seriedad. Y mucho menos ante hechos que provocan risa, como la desgracia ajena –se despachó la actriz, otra vez con gestos ampulosos.

-¿La novela es sobre eso?

-Un periodista debe reflejar credibilidad, porque la credibilidad es el único valor *per se* que puede sostener el periodismo ante la sociedad. El peor pecado de un periodista es ser increíble, ¿o no? La carencia de credibilidad puede afectar la verosimilitud de la realidad subjetiva construida por el medio. Si esta realidad parcializada que el medio crea no es confiable, entonces el público puede elegir participar de la realidad establecida por otro medio. Al fin y al cabo, ser lector de un medio determinado significa ser protagonista de la ficción que el medio construye, multiplica y administra. Por lo tanto, el periodista debe poner

cara de serio. La paradoja está en que esa cara de serio es, efectivamente, una impostura. Y todos lo sabemos.

-Vos decís una mentira...

-No, querido. Impostura. Y una impostura que todos reconocemos, que jamás nos pasa desapercibida. Es muy claro que el periodista "se hace el serio" cuando mira a cámara y dice "una mujer murió atropellada por un tren, mientras miraba los cadáveres de cinco jóvenes que habían sido embestidos por un tren anterior". ¡El periodista quiere y necesita reírse! Si no lo hace, es porque tiene que sostener la imagen de seriedad.

-A mí una vez una lectora me dijo que ella se compraba los libros por la foto de la solapa.

-Te la estabas cogiendo, ¿no?

-Me la cogí después que me dijo eso.

-Cogito... - dijo el escritor viejo, que repentinamente se había logrado zafar de la sordera.

-¿Cómo dijo, Don?

-Cogito...

-...interruptus, sí. Es una frase en latín.

-Usted hablaba mucho latín con Borges, ¿no?

-Caramba, caramba, el latín es una lengua muerta -respondió el viejo, imitando la vocecita aflautada de Borges.

-¿Y usted a Borges lo conocía mucho?

El viejo se quedó mudo. Con la misma facilidad con la que, apenas algunos minutos antes, su cabeza se había movido ante la resonancia de la palabra latina, ahora todo su cuerpo volvía a sumirse en una prolongada siesta. Siempre se quedaba dormido; se dormía de una manera que uno tenía que estar mirándolo a cada rato, porque casi ni respiraba. Yo hasta el momento me había mantenido en silencio. Lo único que me interesaba era tratar de salir de ahí cuanto antes y volver a la búsqueda de la

loca. Mientras tanto trataba de manotear alguna factura. Quedaban pocas. No tenía hambre, pero estábamos en una merienda y había que merendar. El viejo no paraba de meter la mano en la bandeja; las dejaba arriba de una servilleta, sobre la mesa, y no las comía.

-¿Y el tema de las traducciones cómo es, che?

-Eso lo tenés que hablar con tu agente.

-¡Pero no tengo agente!

-Yo el agente es lo primero que compro. Antes de terminar mi primer libro, ya le había pagado a uno para que me negociara.

-¿Vos decís que tengo que buscarme uno?

-Claro, boludo. Mirá si hacés un best-seller y la editorial después te quiere cagar...

-¿Quieren saber sobre qué es mi libro, chicos? Mi libro es sobre los sentimientos.

-¡Dijiste que era de masturbación!

-No, mi amor, dije todo lo contrario.

-¿Qué sentimientos?

-Los anónimos. Hay sentimientos que uno tiene y que no son ni alegría, ni tristeza; ni tampoco todos los grises: melancolía, desamor, o por ejemplo lo que uno siente cuando se casa un ex novio...

-¿Vos escribiste sobre eso?

-Claro. ¿Y sabés qué es lo más interesante? Que las palabras son tan limitadas como los gestos humanos, e incluso como sus comportamientos. Tendemos a pensar que el lenguaje es más limitado, en tanto está conformado por signos que tienen una relación convencional con la del objeto representado; pero, ¿cuál es la diferencia entre el gesto que pone el hombre para expresar euforia, que el que pone para expresar la rabia?

¿Cuántas son las maneras que tiene un ser humano de enfrentar el dolor? ¿No puede ser el grito una convención social?

-Se supone que es instintivo.

-¿Cómo podemos saber, a estas alturas, qué es instintivo y qué no? El bebé hereda el conocimiento de que, al nacer, debe buscar el pezón materno.

-¿Vos decís que todo es heredado?

-Hay una parte heredada genéticamente, entendiendo por genética la transmisión de información celular, entre la cual pueden incluirse convenciones que creíamos "instintivas". Alguna vez el hombre debió aprender a sostenerse del pezón de su madre. Lo aprendió y lo repitió desde entonces, hasta que ya forma parte de sus genes y no necesita volver a aprenderlo como individuo. Es un conocimiento de la especie.

-Entonces el instinto es eso.

-Exacto: es el aprendizaje de la especie. La especie es el gran monstruo. Nosotros somos los conejillos de indias. Probamos, aprendemos, fracasamos... Cuando alguno de nosotros encuentra algo útil para el monstruo, lo enseña para que los individuos lo repitan tantas veces hasta que queda grabado en sus genes. Ahí está el instinto.

-¿Y ya sabés quién te va a publicar?

-Tengo que buscar.

-Hay una editorial nueva que publica novelas de escritores desconocidos.

-Pero vos tenés un nombre como actriz. Si vas a cualquier editorial grande, se mean encima por vos.

-Sí, corazón, pero no escribo novela. El libro es de poesía.

-Ahí cagaste, entonces.

El que lo dijo fue el escritor; estaba agarrando una tortita negra. Era la última factura que quedaba y era archiconocido que las

tortitas negras eran las predilectas del viejo. Pero, como seguía dormido, habíamos estado un rato largo midiéndola: el escritor, que había participado de la conversación con la actriz, hablaba con los ojos quietos sobre la bandeja; yo tenía una mano lista para salir en busca de la tortita.

Pero él fue más rápido: ni bien dijo el “ahí cagaste”, aprovechó el envión del chiste para sacar tres dedos de adentro de la manga del saco y llevársela a la boca desparramando el azúcar negra por la mesa.

-¡Tenés que escribir novela! – dijo el escritor, con la boca pegoteada de azúcar.

-Pero ella escribe poesía, che.

-Y también dibujo, chicos.

-¿Dibujo?

-Sí, pinto al óleo.

-¿Pintás desnudos?

-Hice alguno, sí.

-¿Y a vos nunca te pintaste desnuda?

-Tengo un autorretrato desnuda; pero estoy de espaldas, pintando, como en Las Meninas...

-Ése es de Vázquez, ¿no?

-...

-Sí, mi amor, de Velásquez.

-¿Vos tenés un libro sobre pintura? –preguntó el periodista.

-Sobre cine –respondió el escritor.

-Ah, pensé que era de pintura...

-¡Ay, chicos! Hablando de cine... ¿vieron la última argentina?

-Dejame de joder con el cine argentino! Es siempre el mismo bodrio: la dictadura, los pobres, unas imágenes del obelisco...

-Pero ahora se están haciendo películas muy buenas, querido.

-Los directores deberían pagar un psicólogo en lugar de contarnos sus trastornos en el cine...

-¡Ja! ¡Yo siempre pienso la misma cosa!

-¿Así que ustedes no miran cine argentino, chicos? El cine argentino es mucho más representativo que la televisión, pero menos que la literatura. Si ustedes ven un programa de televisión, parece que atrasara diez años. En los programas de hoy se ve reflejado lo que los sectores más progresistas de la sociedad hacían hace diez años atrás. Aquello que antes era de vanguardia, recién hoy se convirtió en algo masivo. Diez años después. En la literatura es al revés: todo se cuenta tan rápido que el movimiento literario de hoy, mañana ya fue desecho. El cine es algo raro. Debe ser porque la producción de una película requiere demasiado dinero, pero en el cine lo que se cuenta, tarde o temprano perdura. De alguna manera, el cine es el tamiz de la literatura.

-Entonces las películas son mejores que los libros.

-Las películas muestran una realidad que existe: lo hacen puntillosamente, tratando de imitarla lo mejor que sea posible. Una película muestra "una" realidad. Muchas películas muestran "algunas" realidades. La literatura cuenta todas las realidades que existen. Ni siquiera es necesario limitarse sólo a la literatura: la suma de todos los libros es la cultura del hombre.

-A mí me gustan las películas orientales.

-¡A mí las iraquíes!

En ese momento el viejo se volvió a despertar. Pestañeaba. Se restregó los ojos con fuerza; se limpió una lágrima que le venía cayendo al lado de la nariz; inhaló una bocanada de aire; me miró:

-Los iraníes son un pueblo muy sufrido -dijo.

Caía la tarde. Un rayo gigante se colaba entre los árboles del patio, daba una luz amarillenta que parecía de goma espuma. La actriz miraba el mismo rayo de sol y entornaba los ojos, decía que no con la cabeza, pero sonreía. Mirábamos los dos la misma luz y a los dos nos pareció lo mismo: tuvimos ganas de ser dos enanitos para pasar por abajo del rayo de sol. Ni siquiera esa melancolía me hizo acordar de mi novia. Era raro, pero no había espacio para tomar ese rol. ¿Por qué ser el escritor reventado, el prófugo, el amigo de un puto, el novio perfecto? Ahora era nada más que un joven en la mesa del viejo, un domingo, mirando caer la tarde mientras los otros hablaban.

-Al porteño no le gusta el negrito. Es así.

-¡Pero no solamente los porteños leen libros!

-¿Ah, no? ¿Vos te pensás que yo vendo algún libro en el interior?

-En Córdoba, Rosario...

-¡Las pelotas! En Argentina los únicos que leen son los porteños. Y al porteño no le gusta el negro.

-¿Vos decís que es por eso?

-El tipo es original, pero acá un negro no tiene chance. Lo ven como a un cartonero, ¿entendés? Como si te dijera que un cartonero se puso a escribir...

-A mí me parece original lo que hace.

-Es muy original; escribe sobre su vida.

-Pero tiene una vida rara...

-¡Tiene la vida de cualquier negro! Lo que pasa es que éste sabe escribir...

-¿Qué están diciendo, chicos? ¿Se dan cuenta de que aplicaron mi teoría? A los porteños no les gustan los negros, significa que a otros argentinos sí les gustan. Eso vuelve a postular la existencia de distintas realidades...

-Pero es claro que siempre pasa lo mismo. En algunas provincias hay una cultura y una idiosincrasia...

-Pero negros hay en todos lados, chicos. ¿Por qué al porteño no le gustan los negros y al salteño sí? ¿Es porque en Salta hay más mestizos que en Buenos Aires? ¡En los dos lados hay mestizos! Probablemente haya más en Buenos Aires.

-En porcentaje, hay más en Salta.

-Es más que una cuestión de porcentajes... Es que los blancos tienen el control de la información. El blanco es el que domina los medios de comunicación. En esa realidad construida por el medio, el blanco elige presentar un mundo sin mestizos. Incluso los mismos mestizos consumen esa realidad todos los días. Así se sienten una rareza, cuando son una norma.

-¡Qué sé yo! Depende de qué trabajen...

En ese momento me levanté. Les pedí perdón por la prepotencia. Le di un beso al viejo y salí corriendo un segundo exacto antes de que el escritor dijera:

“ojo,

mirá que yo tengo amigos

**NEGROS...”**

Tuve que sentarme ni bien subí al tren. La corrida me había dejado el corazón en las amígdalas. De repente extrañaba a mi novia. En ese momento pensé que, si estuviese viva, la hubiera llamado para contarle lo que había dicho el escritor, lo que me había pasado. Casi lloré pensando en ella (y miré por la ventana del tren, y me vi reflejado en el vidrio), pensando en que la policía ya estaba atrás mío, que ya me tenían identificado y hasta habían escrito mi confesión. “Está bien hecho”, pensé. Es que era una buena historia: el tipo escucha que la novia le cuenta sobre un tipo que mató a su novia, y al rato es el principal sos-

pechoso de la muerte de su novia. Es bastante buena. Puede que sea un poco cursi, pero, precisamente, en su falta de originalidad está la genialidad. Hoy cualquiera es original. Yo no. Zediputse euq esnejif: bajé tan preocupado del tren, que me llevé por delante una señora y media estación me apuntó con los ojos. De un chispazo miré para todos lados para calcular desde dónde me iban a pegar el tiro. Pero no había ningún policía, así que ayudé a la señora a que se levantara, puse cara de compungido y seguí caminando –ahora más despacio– pensando en encontrar a la loca.



## 6

### El ángel exterminador

Si uno se mira en el reflejo de la pecera un rato largo, en un momento deja de ser consciente. Con los espejos pasa lo mismo; nada más hay que pegar la frente y mirarse desde ahí, en lo posible tratando de que la cabeza reflejada y la cabeza real sean una sola imagen. Un rato después, el cuerpo se empieza a mover de un lado al otro, cada vez más rápido, te dan ganas vomitar, te dan ganas de ser el del otro lado y en un momento te quedás en el medio, flotando, sostenido por los cuatro ojos. Es como si no estuvieras ni en el espejo, ni en la realidad. La náusea es la antesala de cualquier confusión; ese momento entre dos estados: estás en el *camino del medio*, desapareciste o fuiste

un espíritu. El efecto dura poco: te das cuenta de que estás en ese limbo, te mirás los ojos y te parece que estás viendo los ojos de otro. Entonces saltás del lado del espejo y ponés cara de diablo (eso también dura poco).

Lo lindo de los lebistes es que siempre están en pareja. Así que si uno está adentro, podés elegir todas las hembras que quieras. Te los venden así en el acuario: la pareja o nada. No es un dato menor: los machos son chiquitos y tienen una cola de colores en abanico; pero la hembra es grande, larga y parece un pescado de cloaca. Así que los tipos te venden la pareja; porque si no, nadie compraría a las hembras y al final los lebistes desaparecerían.

En cambio así se aseguran la supervivencia; porque todo el tiempo están copulando. Por eso el sabor del agua.

Estaba por declararme incapaz de saber en dónde buscar a la loca, cuando pasé por una iglesia. Justo en ese momento entraba la gente para la misa vespertina. La mayoría eran viejas, aunque había un par de adolescentes que tenían pocas ganas de levantarse temprano el domingo.

Estaba buena esa iglesia. Tan buena que a uno le daban ganas de ponerse a cantar un tema de Queen subido al altar, con los bigotes de Freddie y los gestos de Klaus Kinsky hablando de Jesús. Lástima que vi a una abuela y se me fue la emoción. Tenía como noventa años, toda doblada, la cara tan llena de arrugas que parecía de papel crepe. Le lloraba un ojo y, cuando rezaba, la voz le salía como si hablara a vapor. Estaba a un tropezón de la muerte, pero la abuela rezaba contenta.

Quizás es la amante del cura, pensé, y me di cuenta de que ese tipo de pensamientos era la culpa que me había metido adentro la religión: ¿Por qué un cura estaría con una abuela de noventa años? Ésas eran las cosas que no entendía de mí; esas ideas que

parecían traídas por otro, de otro lado, y que no tenían nada que ver con lo que me pasaba. Por eso me obligué a recordar a mi novia. Nunca llegaría a ser como la abuela; jamás iba a experimentar la vejez. La conocía lo suficiente como para saber que no era algo que esperara, pero tenía derecho a experimentar la transformación. Al fin y al cabo, la vejez también es una de las formas de la mentira.

Miré hacia el altar: el cura caminaba, levantaba una hostia, la gente estaba con la cabeza gacha. Dijo *Oremos hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro, sea agradable a Dios Padre Todopoderoso*, y yo seguía pensando en la mentira. Recién en ese momento entendí que la canción del travesti –la que habíamos escuchado con mi novia, con Alan y con su amiguito fascista- hablaba de lo mismo. Afuera, en la iglesia, todos mirábamos serios al cura; pero yo sabía que ninguno de mis pensamientos tenía que ver con él, ni con la iglesia, ni con la comunión. ¿La abuela también pensaba en otra cosa mientras yo la veía sentada, los dedos entrelazados, los labios murmurando una oración en voz baja? ¿Las imposturas podían sostenerse hasta los noventa años?

Esa noche en el bar fue la última que fuimos felices. No hace falta que me explique a qué me refiero con “felicidad”. Prefiero acordarme de los cuatro sentados, mirando al travesti cantar. *El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de tu nombre*, jamás en mi vida me acuerdo de ninguna canción y menos de una cantada por un travesti en un bar gay (¿por qué no me animo a decir “putos” cuando estoy en una iglesia?). Empiezo con el recitado y me quedo en la primera oración del primer verso. “Me gustas cuando callas –recito– porque estás como ausente”, y por más que lo haya leído diez millones de veces, no hay forma de que me acuerde cómo sigue ese poema, ni tampoco puedo escribir los versos más tristes esta noche,

escribir por ejemplo la noche está estrellada y después ignoro cómo sigue, *para nuestro bien y el de toda su Santa Iglesia. Amén.*

Pero esta vez me la acordé entera. Me vino a la mente como si hubiera caído desde el altar, como si viniera volando en los pañales de un ángel renacentista. Fue un momento de lucidez y tuve la canción completa adentro de la cabeza. La veía entera, hasta la escuchaba con la voz del travesti. *Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, dichosos los invitados a la mesa del Señor.* Tanto me la acordé que la estuve repitiendo hasta que *señor yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme;* justo cuando dijimos esa palabra yo iba por la parte de que “yo hubiera metido las manos al fuego”. En ese momento me di cuenta de que estaba perdido: no tenía ni idea del lugar en donde podía encontrar a la loca, me había quedado sin novia y Lola me había dejado solo. De repente me di cuenta de lo lindo que hubiera sido ser el muerto. Entonces no hubiera estado en la iglesia, o probablemente hubiera estado en el mismo lugar, pero metido adentro de un cajón y todo el mundo llorando, hasta quizás la loca, secándose los mocos en la parte de adentro de la musculosa. Y hubiera estado mi novia arrodillada en el mismo banco, dándose cuenta de lo pecadora que había sido, queriéndome ver desde lejos.

-El Señor esté con ustedes.

-Y con tu Espíritu.

-Levantemos el corazón.

Mi novia llorando y la loca llorando también, las dos en la misma Iglesia mirándome a mí ya convertido en muerto, por fin unificado, por fin una sola versión de mí mismo. Hasta Alan hubiera podido estar en la Iglesia, seguro que tratando de ver si estoy desnudo adentro del cajón, haciendo su papel de puto incluso en ese momento.

-Demos gracias al Señor nuestro Dios.

-Es justo y necesario.

Y yo pensaba en el cajón puesto ahí mismo, en el altar, adelante del cura que en ese momento levantaba los dos brazos y nos mostraba una hostia gigante y blanca de pan tostado. La gente empezó a arrodillarse. Crujió la madera de los bancos. Solamente la vieja se quedó sentada, agachó la cabeza, de pronto hubo el silencio de un gol de visitante.

-Realmente es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios Todopoderoso y eterno, por Jesucristo nuestro Señor.

Amén, dije. Y volví a acordarme de la canción, también de la loca. Todo había empezado aquella vez, en la presentación del libro del español: había sido ella la primera en saludarme; se había reído, me había llevado a conocer al viejo y después nos habíamos peleado. Durante mucho tiempo había dejado de tener noticias de la loca. Y ahora, solo, sin nadie que me empujara, había entrado a su casa y había terminado pegándole la patada que después ella convirtió en un asesinato. Sólo podía pensar en ese encadenamiento de circunstancias, en todas las oportunidades que había tenido para zafarme de ese resultado. También a mi novia le había pasado lo mismo.

-El cuál, antes de ser entregado a la cruz, tomó el pan entre sus manos, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros".

Mi novia también había tenido su oportunidad de escapar. Desde el principio, desde que apenas aguantaba verme y tuve que convencerla para que me diera un beso. La perseguí siete meses. Ella decía que no era su tipo, que odiaba a los hombres

que piensan como yo. Casi estaba por perder las esperanzas de convencerla y al final le gané y la convencí. Estábamos en la puerta de su casa, volvíamos de caminar por el barrio. "A veces preferiría estar muerto", le dije. Ella me preguntó por qué. "Porque si no puedo estar con vos, prefiero estar muerto". Y entonces me dio el beso..

-Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz en sus manos, dando gracias lo bendijo y lo dio a sus discípulos, diciendo: "Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía".

Fue un beso corto, pero terminamos abrazados, como terminan los primeros besos. Al otro día me llamó para decirme que quería verme y después fue pasando todo. *Este es el sacramento de nuestra fe*. Nunca nos peleamos. Pero muchas veces ella estaba perdida, con ganas de seguir sola.

-Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

Hubiera podido escaparse, pero parece que el destino tenía que ser así. Siempre que la veía con ganas de cortar, yo la miraba serio y le repetía lo de estar muerto. A veces, también, le decía algún poema. O le cantaba una canción de amor.

-Padre nuestro que estás en los cielos...

*¡Nada ha sido en serio!*

-...venga a nosotros tu reino...

*¡Todo fue una broma!*

-...hágase tu voluntad....

*¡Qué bien me engañó!*

-... en la Tierra como en el Cielo...

*Yo hubiera metido*

-... danos hoy nuestro pan de cada día...

*las manos al fuego*

-... perdona nuestras ofensas...

*por él y su amor.*

-... como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden...

*¡Nada ha sido en serio!*

-... no nos dejes caer en la tentación...

*¡todo fue una broma!*

-... y líbranos del mal...

*¿Qué clase de persona...*

-Amén

*... él se cree que soy?*

Yo, en cambio, no podía olvidarme de la canción. Miré para arriba para decirle a mi novia que me la acordaba, para decirle a la abuela que también podía jugar el papel de un hombre de fe.

También creía en todo eso, pero no podía cumplir ese rol si no era en la iglesia, creo en Dios Padre Todopoderoso, con un pensamiento partido en tantas partes creador del cielo y de la tierra, como personalidades son posibles tener a lo largo de un día de vida y en Jesucristo nada ha sido en serio, su único Hijo, Señor nuestro, todo fue una broma que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la Virgen María; qué clase de persona él se cree que soy, cuando vio que hablaba padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, de mi amor en serio, muerto y sepultado; descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos, en ese momento me miró y se rió. Subió a los cielos, me dijo es broma, como crees paloma, y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso, que te quiero yo; de ahí ha de venir a juzgar (así son los hombres) a los vivos y a los muertos (todos son iguales). Pero qué bonito se

siente creo en el Espíritu Santo; cuando uno te guiña un ojo -la Santa Iglesia Católica- y, como una guitarra la comunión de los santos, poquito a poco, la resurrección de la carne y te coge la vida perdurable, te coge Amén, te coge y te toca y te hace una canción.

Nadan un rato despacio, moviendo la cola; en seguida salen disparados, se tensan delante de la hembra y le tiran el paquetito, que viaja en el agua hasta donde tiene que entrar. Están todo el tiempo con eso. Si uno tiene catorce lebistes, tiene catorce pornoestares. Hasta te dan ganas de ponerles música. Chiquititos y todo, se dan franela de lo lindo. Después la hembra sigue nadando, como si “nada”. Pero el lebiste macho le tira esperma hasta que se le termina. Es cuestión de quedarse un rato mirando la pecera, y uno puede llegar a contar doce o quince así y, como mínimo, dos son en simultáneo. *Dale*, se le puede gritar, *dale que ya la tenés arrinconada*. Y el lebiste se manda un clavado y le tira el paquete con los pescaditos que después van a ser otros pescaditos más grandes. Allá tenés otra, una que ya dejaron preñada, y entonces el lebiste nada de una punta a la otra, la cola se cierra como si hubieran mojado el abanico y le tira el paquete de esperma al centro de la futura mamá. Es una carrera de pescaditos adentro del agua, a ver quién acaba más veces; siempre hay un lebiste dispuesto a nadar en punzón con el semen a medio salir.

Debe haber sido por la iglesia que me quedé triste. Tenía pocas alternativas; empezaba a hacerse de noche y estaba cada vez más fresco. Encima estaba la luna mala y era domingo. Iba caminando despacio, silbando. Me gusta ponerle música a lo que vivo. Iba caminando sin saber para dónde ir, hasta que sin darme cuenta estaba camino a la casa de mi novia.

El barrio estaba tan silencioso que tuve miedo de que fuera una emboscada. Caminé despacio hasta la puerta del edificio. Miré para todos lados. Toqué el timbre. Me vi reflejado en el portero eléctrico: estaba desencajado, como poseído. Me había pegado al timbre, sin soltarlo. Pero nada.

En se momento pensé que era bastante normal que fuera así: mi novia y la madre vivían solas y, con una de las dos muertas, se habían incrementado al doble las probabilidades de que la casa estuviera desocupada.

Trepé al árbol de la vereda. Alguna vez había usado ese sistema para entrar, así que no fue difícil. Del árbol salte al balcón y, del balcón, al ventanal del comedor.

La casa estaba oscura y hacía frío. Con la misma naturalidad con la que mi novia había quedado tirada sobre el suelo, en la casa de la loca, así estaba todo: el televisor que nunca encendían, las dos fotos de las dos contentas, el potus de plástico lleno de polvo. Lo más raro fue caminar por el pasillo, meterme en la habitación, oler el perfume a Sedal impregnado en la almohada. Me quedé abrazado a esa almohada. Cuando noté que abajo estaba el pijama de mi novia, lo estrujé contra mi cuerpo, lo olí con desesperación, el roce de la tela en la cara.

En ese momento lloré. Lloré tanto que el pijama se mojó con mis lágrimas. La tela estaba tibia y con gusto a sal, era la piel de esa tela reseca que me raspaba la lengua. Varias veces me había imaginado un final, pero siempre era lo mismo: pensaba en mi novia muerta y en el dolor que iba a causarme, pero en el fondo sabía que jamás iba a pasar. Las novias no se mueren.

Ahora estaba ante el hecho consumado. Era como sentir un dolor en el pecho y decirse a sí mismo: “esta vez sí te estás muriendo”. Estaba ante una realidad inmodificable, un presente convertido en futuro. Todo lo que me pasara desde ese momento en adelante iba a estar relacionado con esa muerte, aunque

fuera para arruinarme los momentos de felicidad. A partir de ese momento nunca más iba a ser libre. Era cosa juzgada.

¿Qué podía hacer? ¿Vengar esa muerte matando a la loca? ¿Ir preso por ese asesinato para evitar que la policía me culpara por el asesinato de mi novia? ¿Para qué vengarme si de todas maneras iba a ir preso?

Estaba confundido, sintiéndome incapaz de resolver el conflicto que se me presentaba. Quizás tenía razón la *stone* que había conocido en la cancha. Quizás mi problema era desconocer todo sobre el amor. Quizás tenía que aprender a sentir como una mujer.

En eso pensaba cuando vi la bandera que había comprado ese día, a la salida del partido. Relucían los dos colores de la bandera. “Sentir como una mujer”, revoloteaban las palabras mientras me bajaba los pantalones, me miraba las piernas huesudas, llenas de pelos, y me bajaba el bóxer.

Aprender a llorar de amor, a sentirme celosa. No sé en qué momento lo decidí. Comprender lo que significan las emociones. Me quedé desnudo con la bandera en la mano. Una mujer que siente, una mujer que lleva su vida adelante a pesar del dolor. Me la agarré fuerte con una mano, el palito de la bandera en la otra. Sentir adentro del cuerpo la carne tibia colmando. Acerqué el palito al agujero. Temblé. Recibir al otro, llenarme de otro que sufre como sufre la mujer y llora. Más fuerte me lo agarré, el palito se fue acercando. Abrazar al hombre que amo, al hombre que me penetra y me dice mentiras. Sostuve más fuerte la punta, el agujerito apenas se abrió. Enamorarme como cualquier mujer, nada más que por sentir que lo tengo adentro. Apoyé el palito sobre el agujero. Sentir lo que una mujer siente, gritar de dolor, sentirme abandonada. Hizo “clic” el agujerito. Metí el palito. Una mujer se llena el cuerpo con un pedazo de hombre. Empujé el palito adentro.

## 7

### **Ichtyys**

Una vez que pasa el mareo, pasan las ganas de vomitar. Sin las náuseas, todo vuelve a quedar del mismo lado y es posible reconocer los detalles. Si uno se tomara el trabajo de prestarle atención a cada una de las colas (individualizarlas y asociar cada diseño de abanico a un sujeto en particular) sería fácil reconocer a cada uno de los lebistes como una entidad en sí. Lo único necesario es tener un poco de buena voluntad. Con buena voluntad y algo de concentración (lo segundo, inevitable en un lugar como la pecera, en donde entre la bruma del agua y el zumbido constante...), entonces en poco tiempo uno aprende que los lebistes machos se pueden individualizar.

Es sabido que, cuando llega la individualización, es cuando somos capaces de reconocer diferencias físicas en cada ser. Un defecto, un color en la cola, una mancha, un arabesco... todo es suficiente para diferenciar a ese lebiste de cualquier otro. Pero si uno empieza a observarlo detenidamente, si uno es capaz de seguirle el rastro a ese único lebiste por el sólo hecho de haber logrado reconocer las diferencias de su cola con respecto a la de los demás lebistes (reconocimiento que puede deberse a un goce meramente estético) entonces, en poco tiempo más, sobreviene el amor. "Amor", vale explicar, es conocer ciertas características particulares de ese único lebiste y lograr, así, que la curiosidad por conocer nuevas particularidades lo mantengan a uno en un estado de pregunta continua con respecto de ese ser. Así que "amor" puede ser también darse cuenta que hay un lebiste macho que tiene la cola más grande, como un trapo rojo, y que cuando está nadando despacio y le da el reflejo de la luz de la pecera, el trapo está tan brillante que parece el telón de terciopelo. Ése fue el nombre que le puse. Parecía tan contento ese lebiste cuando nadaba de un lado a otro, que yo ya sabía que cuando se venía el reflejo rojo era porque él estaba cerca y me iba a alegrar un poco el aburrimiento. Porque Terciopelo se está riendo siempre. Si nos tiran comida, sale nadando hacia arriba y le alcanzo a ver la cola que se aplasta como un fuelle; me lo imagino con la sonrisa en la cara, todo eléctrico y alegre. El problema mayor está en reconocer a las hembras. Son todas iguales. Tienen el cuerpo largo, más grande que los machos, y al final una cola cortita y negra. Algunas tienen una mancha en la cola, o alguna rayita. No es tan fácil reconocer a las hembras. Una diferencia importante es el tamaño: algunas son más cortitas y otras son mucho más largas y robustas. Automáticamente uno le pone edad a cada lebiste hembra. A las más grandotas

uno les dice “vieja” y a las más chiquitas uno les dice “mina”. Es imposible saber si el tamaño está realmente relacionado con la edad de estas lebistes. Sin embargo, la asociación es instantánea: ni bien uno ve una lebiste grandota, se la empieza a reconocer con el sobrenombre “Vieja”. En cambio, ni bien la lebiste que aparece es más chiquita, se la conocerá a partir de ese momento como “Joven”. Y si la lebiste que se acerca no es ninguna de las dos cosas, entonces de un modo tan inconsistente como comprensible le dice que ella es distinta, que ella está al medio, que ella es la que está loca. A partir de entonces, así se conoce a la lebiste de tamaño medio.

Así que uno corre nadando hasta la joven para acercarse y tirarle la bolsita de esperma en el medio de la cara.

-¿Qué hacés? –dice la joven.

Lo dice sin hablar, con un movimiento ondulatorio del cuerpo que la impulsa a dar media vuelta y salir nadando para el lado inverso. Eso es suficiente para que uno se dé cuenta de que la mina no quiere saber nada. La estrategia recomendable en estos casos es hacer un rodeo, mirar hacia otro lado, juntar energías en algún rinconcito al lado del cartelito “No pescar” que echa burbujas, y esperar a que la lebiste joven -“Joven”, o “Mina”- pase una vez más.

-¡Tomá! –dice uno a Joven cuando vuelve a pasar.

Ahora sí, el paquetito de esperma viaja directo al medio del cuerpo, exactamente en la puerta oscura, chiquita, que da acceso al vientre del pez.

La lebiste se queda quieta. Ahora tiene que esperar que pasen los días y le va a engordar la panza, se va a poner más grande, se le van a ver puntitos blancos en el vientre. Los primeros días habrá que estarle encima, cuidar que se le mantengan sanos los huevitos. Si sube a buscar gusanos del comedero, llegar antes

que ella para conseguirle uno bien largo. Y como el gusano es demasiado largo, sostenérselo con la boca mientras ella lo va comiendo. Un día, dos días enteros tengo que andar con el gusano en la boca hasta que Joven se lo termina de comer. El gusano queda flotando de mi boca y ella lo come cuando quiere, porque yo me quedo al lado de ella todo el tiempo, como una mesita de luz.

Hay que verla a Mina hecha una madre antes de tener cría. La mitad del tiempo, acostada al fondo, casi apoyada en las piedritas. Me toca subir a buscarle la comida, sacarle la pelusa del cuerpo, desenroscarle el piolín de caca si se le queda atragantado. Cada vez que Joven quiere dar un paseo por el fondo de la pecera, el que se tiene que poner a nadar soy yo, porque ella está imposibilitada de dar tamaño rodeo. Así que sin chistar le digo que sí y nado dos, tres vueltas. Y cuando vuelvo le cuento cómo está todo.

Es así, aunque uno ande con pocas ganas. Siempre es igual la cosa. Porque después se pone gorda. Y encima empieza con los caprichos, así que uno la ve gorda y asocia esa gordura con una manera de ser que resulta insoportable. El mismo ser delgado que antes se llamaba "Joven", se convierte rápidamente en la más grande de todas las lebistes hembra. Pasa a ser ella la de cuerpo más gordo. Sin que uno sepa cómo, se la empieza a conocer a ella como la Vieja.

Es sabido que es un estado pasajero. Cualquiera conoce que, una vez que pare, la hembra vuelve a su delgadez. Sin embargo, nunca vuelve a ser la misma. Su cuerpo mantiene por siempre las marcas de la primera de sus pariciones. Lo peor de todo es que la mente de uno conserva esa marca: se la ha visto gorda, vomitada, insoportable. La joven se convirtió en una ventana al futuro de ella misma.

Uno, cuyo deterioro corporal no es tan abrupto, es incapaz de asimilar la metamorfosis de la ninfa en anciana. Por más que sea perfectamente consciente de lo pasajero de dicho cambio, ya se ha producido esa visión. No hay hombre capaz de olvidarla. Así que los paseos por la pecera se hacen cada vez más largos. Cada vez son más las vueltas que elijo dar. Y como ella pretende que dé exactamente las vueltas que ella quiere, tengo que mentirle y decirle que fueron nada más que tres.

Es posible que al principio lo hiciera gustoso, lleno de orgullo por los pequeñísimos lebetes que íbamos a engendrar. Pero conforme Joven se iba convirtiendo en Vieja, todo ese orgullo era tapado bajo una montaña de pensamientos negativos. Como los pensamientos son los que moldean a los sentimientos, en poco tiempo salía a dar esas vueltas pensando en que de ese modo me libraba de la visión de su deterioro.

Era obvio que iba a aparecer la Otra. La bauticé de esa manera porque era distinta y nueva. En comparación con Mina -que también era Joven y se había convertido en un ser obeso, caprichoso, vomitivo- Otra era lo inmanente. Ante mí, desfilaba con su cuerpecito delgado; con la cola blanca en donde apenas se dibujaba una línea más oscura; con su manera de nadar, graciosa, llena de vitalidad.

Nada de esto le podía contar a Joven. Ni siquiera que hacía tiempo había dejado de merecer ese nombre. Como era imposible rebautizarla a estas alturas de su vida, los sonidos que formaban su nombre parecían querer significar otra cosa. "Joven" ahora era lo que antes llamaba "Viejo". La palabra se había desatado de su significado original. Ahora "Joven" era gorda, embarazada, sucia, desaliñada. La Otra, en cambio, era la linda, la fresca, la curiosa, la de movimientos suaves.

Andaba por la parte de arriba, bien pegado a donde iban a reventar las burbujas del aireador. Desde ahí, casi tocando el final del agua, era más fácil tener una visión completa de cada rincón de la pecera. Podía seguirle el nado a la Otra todo el tiempo que quisiera; trazar la línea giratoria de su recorrido; contar la cantidad de veces que nadaba hacia el lado izquierdo y después volvía, *con una carrerita*, hacia el derecho. Esas cosas la habían hecho individualizar por encima del resto. Mientras doy mis vueltas, la estudio en su ir y venir, y la boca se me abre con ternura cuando se queda quieta y se deja succionar para arriba, gracias a su vejiga natatoria que la mantiene siempre a flote y la hace subir como una aparición celestial (mientras la grávida sigue abajo, entre las piedritas, poniéndose cada vez más fea).

Mirando el cielo que tenía la luna partida al medio y llena de agua, caminé decidido a dejar todo lo malo atrás. Estaba cansado. Todo lo malo que había sucedido en las últimas horas debía tener un final y ese final iba a ser un cambio. Tenía hacerlo por la memoria de mi novia; pero, sobre todo, por mí.

Miré la luna y apreté los labios. Me llevé una mano al corazón.

Juré que

iba a ser una sola persona.

Y volví a jurar

cerrando los ojos,

diciendo

mi nombre.

Iba a vivir cerca de la playa, en una casa con vista al mar. Nada más iba a salir para atrapar cangrejos para la cena. A la noche, con el cielo metido adentro del agua, iba a sentir el aroma de los cangrejos hervidos en crema de camarón, iba a sentarme a la mesa, una mujer –otra, una imperecedera- me iba a entregar el plato humeante, patitas rosas de cangrejo asomando, tiernas. Y

después íbamos a hacer el amor en la alfombra de pelo largo, junto al fuego, con una botella de whisky a medio tomar.

Quería irme a Brasil. Que me pagaran por estar sentado mirando el mar. Que una legión de pagadores me dejaran cada mañana un centavo de real por mi derecho a mirar el mar. Y a pensar cursilerías. Podía dedicarme a pensar ideas para publicidad. Mirar el mar en posición de Buda, pensando en lo loco que sería que en lugar de agua hubiera corpiños. Tirarse de cabeza a un mar de corpiños y olerlos a todos. Aunque sea inútil, aunque el olor de una teta sea el mismo olor del corpiño y nunca se sepa cuál es el primer olor. Vivir en una playa de Brasil entregado a la contemplación de los corpiños de un mar embravecido. Pescar mujeres con una red echa de pelos del pubis. ¿Sería posible? La mujer mía cocinando en una casa frente al mar; las mujeres del mar cayendo en mi red. Todas juntas saliendo del mar con las bocas abiertas, buscando aire, soplando para respirar el oxígeno que sólo una verga –la mía– les puede dar a las mujeres del mar de los corpiños. Y arrodilladas en fila india se acercan a mí para tomar su oxígeno de mi cuerpo. Gracias, les digo; y se ponen de pie una vez que han libado de mi capullo. Así se liberan de su condición inhumana y se vuelven esposa que barre la casa, esposa que lava mis calzoncillos, esposa que hace postres de chocolate, esposa que habla poco, esposa que prepara comida, esposa que disfruta en la cama. Una vida así, lejos de todo. Pensaba en eso cuando entré a la pizzería.

Venía arrastrando el hambre desde hacía tiempo, pero cuando llegó el momento de pedir se me hizo difícil. Lo peor de todo fue reconocer un lugar donde habíamos estado tan poco tiempo atrás, los dos juntos, como una última cena. En ese momento no se me ocurrió pensar que era la última vez. Ahora, cuando entré y giré para ver la mesa donde ella había comido, la ventana que

yo miraba mientras mi novia me hablaba, ese espacio de aire donde debía quedar aunque sea una micro-partícula de ella, sentí una pelota en el estómago y atiné a caminar mirando el piso, tratando de encontrar algo que me la devolviera.

Era raro, porque no era la única novia que había llevado. Todas habían entrado alguna vez a esa pizzería, a pesar de que yo no había sido el mismo con todas. A algunas les hablé con dulzura, a otras las insulté; pensé en profundidad y con cara de serio; hice chistes; amenacé. Fui una persona distinta con cada una, pero lo fui siempre en esa pizzería. No era el contexto el que obligaba; probablemente fueran ellas las que, de modo involuntario, generaban distintas maneras de comportarme. De esos años de mi vida sólo quedaba el lugar. Una pizzería era todo lo que me ataba con la realidad. La misma pizzería en donde ahora deambulaba con cara de compungido, todavía sin decidir en qué mesa sentarme.

Me pareció ver a Lola sentada. ¿Había ido con ella alguna vez? Comía sola una porción de napolitana. La miré fijo hasta que levantó la vista. Seguía sin estar seguro. Fuera del supermercado, volvía a resultarme confuso reconocerla diferente a las demás orientales.

La saludé con una mano.

Siguió mirando, pero sin responder. Supuse que no me había visto y me paré. Mientras me iba acercando, le cambiaba el color de la cara: pasó del amarillo al verde; en un momento, exactamente en medio de la transición, abrió la boca como para decir algo. Pero no pude avanzar más de dos metros; Lola se levantó, se tropezó con una silla y salió corriendo.

Justo en ese momento pasaba uno de los mozos. Me miró parado en medio de la pizzería y enseguida se dio cuenta de que yo la conocía. Hizo señas como esperando que le pagara la cuenta

que había dejado. Levanté las manos al costado de la cabeza y negué. Si hubiera estado seguro de que era Lola, quizás habría pagado. Pero ni siquiera.

Me quede de pie en medio de la pizzería. ¿Había micro-partículas de Lola en el piso? ¿Podían haberse mezclado con las de mi novia? Miré hacia todos lados: la gente comía, conversaba, miraban el televisor; afuera, detrás de la ventana, el mundo seguía sin cambios.

Del otro lado, por ejemplo, una travesti. Estaba parada al lado de un buzón. Alta, de pelo negro cortado en flequillo, las pestañas largas, una campera de jean, la minifalda y las piernas torneadas por la depiladora que le había dejado nada más que un solo pelito -apenas perceptible para el resto del mundo- asomándose sobre la izquierda de sus rodillas.

-¿Tenés algo? -le pregunté.

Abrió la boca y los ojos, haciéndose la ofendida; enseguida cambió la cara, me agarró de un brazo, miró para todos lados y se agachó al lado del buzón. Me tironeó del pantalón para que la siguiera.

-Te conviene la bolsa y un servicio -me dijo y sacó una bolsita de la cartera.

¿Hay modo de que uno quiera evitar lo que va a suceder? Porque la cosa se pone cada vez más difícil: uno la mira, la desea y al final se anima y nada hasta ponérsele enfrente a La Otra. Y como la Otra es joven, linda y nueva, se queda quietita y te mira con cara de triste. ¡Cuánta ternura!, piensa uno. Automáticamente, ese pensamiento genera el deseo de destrucción. Lo que se desea es destruir esa ternura. Y el modo de destruir la ternura (que pronto se convierte en encantamiento, amor, dependencia), es dejándola embarazada también a ella. ¡Ah, qué perfecta estrategia la de mi paquete de esperma, que destruye el amor

que le sirve de vehículo! Así se asegura de mantener su deseo constante de encontrar una nueva. Es necesario que uno encuentre siempre a Otra. Sin Otra, se pierde demasiado tiempo. Es mucho el tiempo de cuidados y atención que necesita una preñada. Es un tiempo precioso que un macho debe aprovechar de otro modo. La naturaleza nos manda a procrear, no a criar. Así que la Otra debe ser preñada y abandonada a su turno. Es así, hasta que la naturaleza te dice "basta".

¿Pero qué pasa si la Otra se niega, si es difícil alcanzarla, si te pide que la alcances pero, cuando llegás, en lugar de dejarte echarle un tirito de esperma te hace un regalo? Así es como un se va enamorando del todo.

La Otra te deja llegarle casi hasta que te le pusiste adelante. Te quedás quieto calculando el tiro. Te doblás en herradura vibrando el cuerpo. Le decís "ahí te va" y estás por echarle el esperma. Pero ella se escapa, te dice que la persigas y se escapa. Se mete atrás del tubo del aireador; las burbujitas te la hacen ver más linda todavía. Y ahí, escondidos, cuando finalmente la pudiste alcanzar, la Otra se te acerca al medio del cuerpo, acomoda la cabeza de costado y te hace el regalo de tu vida.

Es difícil evitar el enamoramiento. Su plan está basado en cumplir el deseo verdadero del macho: desvirtuar sus virtudes a través de la preñez; pero si esa ternura e inocencia pueden desmoronarse sometiéndola al espectáculo privado de su reconocimiento como ser inferior a quien ostenta la cola en abanico, rebosante de colores, entonces se goza más. Si mantiene su accionar a lo largo del tiempo, la Otra nunca deja de ser la nueva. O, cuanto menos, tiene que ser bastante el tiempo que pase hasta que suceda el encuentro con una nueva otra.

Es cuestión de andarle cerca, estar siempre disponible. Si bien, en estos casos, suele recomendarse cierta indiferencia (reco-

mendación sostenida en esa característica tan humana de desear aquello que no se puede poseer con facilidad), cuando se trata de una hembra lo mejor es estar en el momento justo, en el lugar indicado. Parece una obviedad, o uno de los ítems de un listado de libro para empresarios. Pero es así. Tarde o temprano, esa hembra que uno desea, cede. Yo sé que va a ceder. Por eso la persigo a prudente distancia, a veces nadando detrás de ella; otras, pasándole por adelante para ocasionar un encuentro casual. La estrategia es básica, pero en su sencillez reside su efectividad. No se trata de insistir. La insistencia puede provocar hartazgo y cuando el hartazgo aparece es difícil volver atrás. Se trata, en cambio, de dosificar las apariciones directas con otras más sutiles. De elaborar un mensaje único (“te deseo”) que bombardee la mente de la joven hembra a través de múltiples vehículos. Por eso la “persigo”, pero también la “busco”. Y, si es necesario, puedo mirarla desde una punta de la pecera mientras ella, en la otra punta, llega hasta el final, da media vuelta y nada hacia el lado en donde estoy; para inmediatamente (sin que ella jamás me vea) nadar rápido al otro extremo y repetir la operación toda una tarde. Y si ese día la tarea consistió en, simplemente, evaluar su comportamiento cotidiano, al otro día consiste en “tropezarse” con ella cuando pasa por al lado del tubo del aireador.

A cada encuentro le debe suceder un desencuentro. En cada encuentro, además, debe enviarse el mensaje. Si esta labor continúa a través de cierto tiempo, el desencuentro también comienza a brindar ese mismo mensaje. Insistir, pero no hartar. Y hacer de cada desencuentro una elipsis.

Del otro lado, otra realidad: es claro que también uno se ha vuelto Viejo. Por eso, las escapadas cada vez más reiteradas no le preocupan demasiado, siempre y cuando vuelva siempre a su

lado. Con más tiempo disponible, lo central pasa a ser en incrementar los canales a través de los cuales vehiculizar el mensaje. Esa misma multiplicidad en los modos de conducir el mensaje hasta la Nueva, debe repetirse en las formas semánticas con las que se elaborará el mensaje. Es decir, el sustantivo abstracto “deseo” puede incluir a otros sustantivos algo más definidos, sin llegar a ser por completo concretos. Son los casos de “sexo”, “belleza” o “inteligencia”. La idea del mensaje es el deseo, y ese deseo se produce porque tiene un aspecto sensual, porque ella es linda y porque es inteligente. De manera que el mensaje “te deseo” tiene que llegarle dividido en esas tres formas. Por ejemplo, se le puede nada por delante recién afeitado (“belleza”), al tiempo que se le elogia el cuerpo (“sexo”) y se le dice algún comentario para que ella sienta respeto por lo que uno sabe (“inteligencia”). Cada uno de estos tres mensajes ya elaborados, a su vez, deben encadenarse con otros que sumen una misma idea. Las combinaciones son varias y sólo es cuestión de reforzar siempre un mismo mensaje. Con el correr del tiempo, cuando esa hembra esté hormonalmente dispuesta, y si uno ha permanecido siempre tan cerca de ella como para estar “en el momento justo, en lugar indicado”, entonces es tiempo de echarle el paquete de semen en el agujerito negro que las hembras tienen junto a la aleta ventral.

-Prefiero nada más la bolsita –dije.

El travesti sonrió.

-Mirá que es más barato si...

-Ya sé, pero no.

-¿No te gusto?

-No es eso.

-¿Qué es?

-No tengo ganas.

Me dio la bolsa.

-Cincuenta –dijo.

Le pagué. Estaba por irme, pero me agarró del brazo.

-¿Qué te pasa a vos? –preguntó.

Siempre pensé que las travestis estaban en lo más alto de la pirámide social. No debe haber nadie como ellas para entender al resto de las personas.

-Estás vacío –siguió.

Quise responderle algo, pero tenía la sensación de que cualquier cosa que dijera iba a ser inútil. No podía decir nada sincero. Había perdido la capacidad de explicar lo que me pasaba.

-Nada –mentí-. Todo bien.

-No parece.

-Sí. Nada más necesito un poco de merca.

-Claro.

Abrí la bolsita. La travesti me sostenía para que no perdiera el equilibrio. Pasé el dedo por la cocaína y me lo llevé a la nariz. Era difícil tomar agachado, atrás de un buzón, mientras ella me miraba.

-Lo que necesitás es hablar con alguien –dijo.

Le hice una seña para que me sostuviera otra vez. Preparé el dedo, la bolsita, aspiré.

-No –dije-. Lo que necesito es ser siempre el mismo.

-¿Por qué decís que no sos siempre el mismo?

-Porque es así.

La cocaína me empezaba a aflojar. Sentía cómo se me endurecía la mandíbula, pero al mismo tiempo me entraban deseos de hablar.

-Es como si no tuviera personalidad –dije-. No sé cómo soy.

-¿No sabés?

-Sé, pero no tiene coherencia.

-¿Con qué?

-Conmigo. Soy de una manera y después puedo ser de otra. Soy incoherente.

-Yo también soy así. Mirame: ¿qué puedo ser?

-Pero lo tuyo es físico.

-No solamente.

-Es lo que define.

-Al contrario. Lo que define como soy es la mente.

-Sí, claro. Pero vos sabés qué querés ser. Yo no.

-Yo soy una travesti.

-Entonces yo debo ser algo parecido.

Me abrazó. Nunca había abrazado a una travesti. Había pensado en cómo sería estar con una, pero nunca se me había ocurrido que la iba a abrazar. Los brazos de la travesti alrededor de mis brazos. El olor a manzanilla en el pelo. La piel.

-Yo te entiendo, mi amor –me dijo al oído.

Nos habíamos sentado contra el buzón, uno al lado del otro. El suelo estaba frío. La travesti tenía su cabeza apoyada en mi hombro y me pasaba una mano por el borde del cinturón.

-¿Seguro no querés?

-No.

-¿Por qué?

-Porque no quiero hacer siempre lo mismo.

-Antes te quejabas de que eras siempre distinto.

-Ya sé.

-¿Entonces?

-No entiendo.

-¿Qué cosa?

-Nada.

-¿Querés que te ayude a entender?

-No.

-¿Seguro?

-Ya te dije que no.

Me desabrochó el cinturón y me bajó el cierre. Sentí la mano fría meterse por abajo del bóxer.

-Está chiquito –dijo.

-Es la cocaína.

-Ya sé.

-...

-¿Qué vas a hacer, corazón?

-¿Cuándo?

-Después, cuando te tengas que ir de acá.

-No sé.

-Podés venir a mi casa, si querés.

-Te agradezco, pero no.

-¿No?

-Prefiero seguir así.

Se quedó callada, acariciándome. Yo sentía el aire fresco en las piernas, los dedos que jugaban con un pedazo de carne muerta. Era cierto que no tenía a dónde ir. Por lo menos, no había ningún lugar en donde alguien esperara verme. ¿Visitar a mis padres para cumplir ese rol? ¿Podía acordarme cómo hacer de hijo?

-¿Te puedo hacer una pregunta? –dije-. ¿Conocés una canción que dice “Nada ha sido en serio, todo fue una broma...”?

-¿De quién es?

-No sé. Se la escuché a un travesti.

-No, corazón, no la conozco.



## 8

# Solaris

Apenas vemos el reflejo de una persona que se acerca atrás de la bruma del agua (una cosa de colores chiquita bien al fondo, cada vez más grande hasta que nos cubre todo un costado de la pecera) hacemos equilibrio nadando arriba y abajo, tratando de ver si lo que trae entre sus manos son las escamitas secas o las lombrices tubifex. Nos da lo mismo. La diferencia está en el lugar en donde tenemos que esperar la comida. Todos juntos seguimos los movimientos del otro lado: una mano encima de la otra, una tapita roja que gira, dos dedos que se meten adentro del frasco amarillo (¡escamitas!, grita alguno, feliz), y un brazo que sale volando hasta la parte de arriba de la pecera, desde donde empieza una lluvia de rica comida.

¡Qué manera de nadar! Rápido salimos todos, algunos reculando porque en el “arriba y abajo” de mirar a la persona, estaban justo por la segunda dirección y habían quedado a trasmano de las escamitas. En un segundo estamos todos picando el agua, abriendo la boca para tragar las escamitas de colores que nos tiraron y quedan en la superficie como papel picado. Hay un picoteo generalizado. También la Otra, la Joven, está entre nosotros.

Atravesó los vértices de la pecera, levantó la cabeza, abrió esos labios en donde una escamita verde debió entregarse, rendida ante su belleza. Toda su figura de ballet fue desarrollada en medio de un frenesí de lebistes atacando comida, unos chapoteos del agua, las primeras escamas que, húmedas, se ahogan y caen entre las piedritas.

Y ella, de pronto, me mira.

Algo en sus ojos dice que por fin llegó el momento. También lo dice un hecho irrefutable: acaba de comer; sin embargo, permanece en el mismo sitio, como si esperara algo más.

¡Qué grácil y tibia se pone el agua cuando estoy con la Joven! ¡Cuánto disfruto mientras le miro lo lustroso del cuerpo, y le sigo la línea del contorno que desemboca en la cola! Con idéntica fruición saboreo el gusto de la hembra nueva; le gozo despacio su forma de hacer el amor. Ahora me convertí en un enamorado. Hablo como enamorado, uso palabras que jamás antes. Doy vuelta las oraciones. Dejo de temerle a la cursilería de frases como “Siempre te amaré”. No me importa si tengo a la Vieja ahí abajo, embarazada de huevitos, pensando en mí como una señora madre. Aprovecho las dotes amatorias de la Joven sabiendo que nada de lo que pueda darme reemplazará jamás la tranquilidad de tener una Vieja en un rincón de la pecera, preocupada por mí. Hay una emoción por la aventura que me

recuerda que soy un macho y, como tal, mi función es la de inseminar a la mayor cantidad de hembras que sea capaz de obtener a través de habilidades en el uso de técnicas de la persuasión. Aprovecho, al fin de cuentas, la perfección de esta actitud basada en lo inevitable.

Tiro el paquete de esperma en el agujerito. Me dejo enjuagar por las aguas que tocan el cuerpo lustroso de la Nueva. Dejo el agua turbia mientras los demás comen a alrededor mío. Ahora el amor desaparece. Se fue con el paquetito, anudado entre los espermatozoides. El amor que hasta unos segundos atrás era un crimen inevitable, cabía en el paquete de esperma que ya no me pertenece.

Necesito terminar de escribir antes de que se termine la cocaína. No me queda demasiado; sólo lo necesario para el final, para salir corriendo y terminar con todo. Hay algo que tengo que hacer con el último empujón de la cocaína. Por ejemplo, intentar cambiar las cosas para siempre. Se me ocurrieron muchas maneras, pero el primer paso seguía siendo encontrar a la loca.

Si de algo estaba convencido en mi camino hacia el primer segundo de los próximos veloces y finitos segundos de mi vida, era que la loca era la llave. No podía pensar en otra cosa mientras casi corría por la avenida.

-¿A dónde va? –me dijo el señor Fumi, que pasaba por la misma vereda con un bonsái en el brazo.

Iba camino a mi nueva vida. Corría como Stallone en Rocky. La gente se hacía a un lado cuando pasaba, atrás mío se agolpaban otros que no podían aguantar las ganas de acompañarme. Amanecía, porque se sentía el olor del pasto recién cortado y estaba entrando una brisa que andaba por la ciudad. Estaba todo tan lindo que corría con los ojos llenos de lágrimas, moviendo la cabeza. La calle estaba llena de viejos y de pibes que

volvían de bailar. Había porteros baldeando la vereda; señoras que se asomaban al balcón. Cada uno me miraba y yo le pasaba por al lado sin sacar la vista del horizonte. También los que iban a misa se quedaban quietos para verme pasar.

-¿A dónde vas? –me dijo Alan, apretado por un tipo contra una pared.

Dos palomas me volaron por adelante. La gente aplaudió cuando las palomas se juntaron a una bandada y pareció que formaban un corazón.

-¿A dónde vas? –preguntó el viejo, que en ese momento se moría y le pasó por el medio al corazón, como una flecha, con una tortita negra en la mano.

Tenía todo pensado: nos íbamos a Brasil, a poner un puesto de jugos en la playa. Nadie iba a acusarla a ella, porque ni siquiera se conocían entre sí. Yo iba a ser sospechoso, pero podían probar mi inocencia. Además estaba mi suegra: en el fondo sabía que yo era incapaz de asesinar a alguien. Estaba decidido: buscábamos una casa frente al mar; yo me podía dedicar a escribir historias sobre el mar. Después teníamos un hijo. O una hija. Y le poníamos el nombre de mi novia, en homenaje. La podíamos llamar así, “Novia”, para que quedara para siempre en esa figura incorruptible.

-¿A dónde vas? –me dijo el portero del edificio.

-Al quinto “C” –respondí.

Si alguna vez me hubieran dicho que iba a estar ansioso caminando hacia la loca (que lo iba a hacer contento, casi desesperado, incluso sabiendo que después me iba a arrepentir), habría respondido que jamás, de ninguna manera, sólo con un revólver en la sien. Pero ahora estaba yendo. Solo. Abandonado. Con la desesperación de una noche entera de cocaína. Con el caño blanco del revólver en la nariz. Nada más podía pensar en una

cosa y esa cosa me llevaba de los pelos. Parecía parado en un monopatín. Un poseído. La silla que camina en medio de la cocina y la nena rubia que dice: "Oh, oh, they are here...". Algo me arrastraba hasta la loca, apuntaba a su puerta, me hacía hervir la sangre. Era una energía incapaz de ser dominada. Una soga de átomos alrededor de mi cuello.

Quedé parado frente a su departamento. Ni siquiera lo pensé. Hice un golpecito con el puño, tres veces. Escuché que alguien caminaba del otro lado de la puerta. Me dio un poco de miedo. Miré hacia el otro lado del pasillo, en donde estaba el ascensor. Volví a golpear. Nadie respondió, pero la puerta se abrió con un chirrido.

La loca sonrió. Me hizo una seña para que pasara.

Había una silla en el medio del departamento. Me fui acercando de a poco. La loca se reía, balbuceaba algo en voz baja. Me senté. La loca se puso seria, pero enseguida volvió la risa. Cada dos segundos aplaudía y echaba la cabeza para atrás. Se puso de rodillas frente a mí. Dejé los brazos atrás, como si estuviera atado.

-Me di cuenta de que te amo –susurré.

Se acercó. Con una infinita ternura dejé que mi mano se posara sobre su cara. La acaricié; con la punta de mi dedo toqué su boca (y se lo dije, le dije *toco tu boca*), la miré a los ojos, casi lloré de verla hermosa. Con la misma infinita ternura acerqué su labios a mi cuerpo y le dije que sí, que quería vivir toda mi vida junto a ella. Le dije que era la mujer más preciosa que jamás había visto, que estar cerca de ella era tocar las estrellas del cielo, que no había sentido nunca un amor como el que estaba sintiendo por ella. Y después la besé. La besé y fue tan largo que pude disfrutarle cada gotita de saliva, cada gemido mezclado con risa, cada incursión de su lengua.

Pero una mano –la izquierda- la empezó a empujar hacia abajo. Lo hizo sola o, por lo menos, nunca lo decidí. La mano se apoyó en la cabeza de la loca, los dedos alrededor de la oreja, y con suavidad la empujó hacia abajo.

La loca abrió los ojos grandes. La cara le brillaba.

-¿Estás seguro de que quieres un regalo? –preguntó.

No estaba seguro. Ni siquiera quería. Conservaba la idea de viajar a Brasil, dejar todo de lado y volver a empezar. Pero mi mano la empujaba sola; levanté la parte inferior del cuerpo, intentaba achicar las distancias entre la boca de ella y yo. Por fin llegaba el momento.

La loca estaba de rodillas, la cara desencajada. Estaba a punto de darme el premio mayor. El mejor homenaje que jamás me habían hecho en la vida. La visagra entre la vida y la muerte. El goce al final del túnel.

Cerré los ojos. Apreté los labios. Agarré con fuerza el respaldo de la silla.

Entonces sentí que no estábamos solos.

-¡Ahí está el hijo de puta ése! –la voz de Lola, de pie junto a la puerta.

Venía con tres policías. Se pusieron frente a la silla y me apuntaron. La loca se quedó arrodillada, levantó las manos. Otro tipo, vestido de traje, me dijo que quedaba detenido. Entre dos policías me levantaron.

Pensé que estaban jugando, pero uno me agarró las manos, cerró las esposas y –con un *click*- me dejó inmóvil. Lola lloraba, abrazada a la loca que temblaba como si fuera a salirle un demonio de adentro. Lola seguía pensando que ésa era mi novia y la consolaba, le decía que no merecía un tipo como yo, que había muchos hombres que la iban a querer. Algo adentro mío me empujaba a defenderme y señalar a la loca; sin embargo, al

mismo tiempo me dejaba llevar, como si tuviera que cumplir ese rol. Grité:

-¡Nada ha sido en serio!

Me empujaron afuera del departamento. Atrás, Lola y la loca me veían salir, todavía abrazadas.

-¡Todo fue una broma! –grité más fuerte, mientras me alejaba.

Dos patrulleros nos esperaba en la calle. Había más policías apuntándome. La gente estaba agolpada en la vereda. Eran tantos que me pareció verlo a Alan, al señor Fumi, a la travesti que me había consolado. Hasta el escritor viejo se reía desde un parrayos. Y había mujeres mirando:

-¡Así son los hombres! -dijo una señora.

-¡Todos son iguales! -respondió una chica.

En sus caras vi a todas las mujeres del mundo. Vi el dedo apuntándome, el gesto despectivo, la saña con la que pretendían acusarme de todos sus fracasos. Ellas, al mismo tiempo, insistían en mirarme como a Uno, al Único, al Hombre. Ensayé una defensa: con la cara contorsionada en una mueca de un llanto que no logré fabricar, les dije que era inocente, que no era mi culpa, que jamás hubiera podido hacer algo así<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Y la mamá hace fuerza con el abdomen, el huevito sale por el agujero negro, se desprende del cuerpo de la hembra, queda flotando un segundo y ¡plop! aparece la cría. Lo lindo es ver cómo el alevino duda en medio del agua, con los ojos que no miran para ningún lado. Mientras trata de ubicarse, otros salen por el mismo agujerito. Al cabo de unos pocos minutos, hay lebistes nuevos por todas partes. Son chiquitos, sin colores, un pedacito de carne cruda de pescado y dos ojos redondos. De pronto la pecera tiene un rincón lleno de esos pescaditos. Todos salieron de la misma hembra, de la Vieja que sigue pariendo, trayendo hijos al mundo para vomitarnos en una pecera.

Entonces, una vez más, llega la náusea.



---

Coediciones) el asunto (- Eloisa Cartonera - MDG - nulú bonsái - Cospel - No hay vergüenza ediciones - Leer y psicoanalizar - Jakembó - Felicita Cartonera.

---

POP BIZARRA (7)

- Emiliano Correia**, La Fórmula de la fantasía, Milena Caserola, 2007.  
**Sebastián Matías Oliveira**, Presente Gourmet, Milena Caserola, 2007.  
**Mariano Quiroga**, Canciones, Milena Caserola, 2007.  
**Andrés Kilstein**, Moloko Vellocet, Milena Caserola, 2007.  
**Mayra Jazmín Lucio**, Amanecer Oscuro, Milena Caserola, 2008.  
**Silvana Gangi**, Lorena, Milena Caserola, 2008  
**Esteban Yañez**, Sonría, Milena Caserola, 2008.

ARTE (9)

- Christian D. Marelli**, Políticamente In Correcto, Milena Caserola, 2007.  
**Sebastián Kirzner**, Axiomas Nocturnos, Ilust.: **Chelo Candia**, 2008.  
**Madame Barfly - Muertita dibujante**, Sorbos de locura, Milena, 2009.  
**Espino – Riera**, Los síntomas del mono, Milena, 2009.  
**Nico Pesin**, Grabados / Engravings, Milena Caserola 2009.  
**Francisco Ocampo**, En Helsinki, Ilust.: **Lino Divas**, Milena, 2009.  
**Ojo Canibal**, Libro Caset, Milena Caserola, 2010  
**Luis Alberto “Merluza” Juárez**, Vicente Nario, Milena Caserola, 2010  
**Christian D. Marelli**, Materia Gris, Milena Caserola, 2010

POESÍA POESÍA (34)

- Miguel Ángel Peñarrieta**, La voz del coagulo espera, 2006.  
**Sebastián Matías Oliveira**, Todo texto debe autovalerse.  
**Mariano Quiroga**, formas de morir, Milena Caserola, 2008.  
**Emanuel Alegre**, Cuaderno de apuntes, Milena Caserola, 2007.  
**Adrián Bechelli**, Poemas para volver a mí, Milena Caserola, 2008.  
**Juan Xiet**, Metástasis, Milena Caserola, 2008.  
**Javier Leal**, Bitácora de un tiempo, Milena Caserola, 2008.  
**María Adelina Cammarano**, Ego Fusión, Milena Caserola, 2008.  
**Maru Paii**, este viento que pedalea por mí, Milena Caserola, 2008.  
**Ioshua**, Peq. antología de poemas contemporáneos, Milena, 2008.  
**Favio Gabriel Kobielsuz**, Free Shop, Milena Caserola, 2009  
**Grau Hertt**, La otra campaña, Nulú Bonsái, Milena Caserola, 2009.  
**Iván Quiroga**, La violencia de los pájaros, Milena Caserola, 2009.  
**Juan Senach García**, La Noche líquida, Milena Caserola, 2009.

**Leonor Farías**, La hembra, Milena Caserola, 2009.  
**Luciana Siguelboim**, la prologal, Milena Caserola, 2009.  
**Patricia González López**, Indecible, Milena Caserola, 2009.  
**Sofía Luppino**, masticándome, Milena Caserola, 2009.  
**Stella Maris López**, Vivencias, Milena Caserola, 2009.  
**Agustín Romero**, Palabrazos, Milena Caserola, 2009.  
**Marcos Lizenberg**, Luz de Giro, Milena Caserola, 2009.  
**Héctor Ramón Cuenya**, Gore, Milena Caserola, 2009.  
<**Elih.anna García**>, Azules Manzanas, Milena Caserola, 2010  
**Mariela Pacin**, El amor es la guerra, Milena Caserola, 2010  
**Ariel Presti**, Poesía Completa, Milena Caserola, 2010  
**Marat**, el infanticida imaginario, Milena Caserola, 2010  
**Agustín Marcenaro**, El bardo de Bubón. Milena, 2010  
**Juan Ignacio Barragán Fuentes**, El libro celeste, Milena, 2010  
**Juan Ignacio Barragán Fuentes**, Poseído, Milena, 2010  
**Héctor Ramón Cuenya**, Dolce Vita, Milena Caserola, 2010.  
**Roberto Riera**, De oreja a oreja, Milena Caserola, 2010.  
**Silvina Nellar**, Sexo, dolor y psiquiatras, Milena Caserola, 2010.  
**Andrés Boiero**, Texas, Milena Caserola, 2011.  
**Ad Lihn Fand**, Embustero, Milena Caserola, 2011.  
**Pablo Queralt**, Jazz, Milena Caserola, 2011.

#### REY LARVA (7)

**Pecado y Perdón**, Milena Caserola, 2008  
**Milagro Eterno**, Milena Caserola, 2008.  
**Las puertas del viento**, Milena Caserola, 2008  
**Días de vos**, Milena Caserola, 2009  
**Trash, Grau Hertt – Rey Larva** Nulú Bonsái, Milena Caserola, 2009.  
**El árbol del sueño, Ix am – Rey Larva**, Nulú, )el asunto(, Milena, 2009.  
**Sonido Interior, Eric Thiemer – Rey Larva**, Milena Caserola, 2010.

#### CUENTO - MICROCUENTO - NOVELA (19)

**Merluza**, Cuentos, 2º ed., Milena Caserola, 2007.  
**Nicolás Reffray**, Del amor y otros atropellos, Milena Caserola, 2008.  
**Nicolás R. Correa**, Engranajes de sangre, Milena Caserola, 2008.  
**Enrique del Acebo Ibáñez**, Breviario, Milena Caserola, 2008.  
**Enrique del Acebo Ibáñez**, breves encuentros, Milena Caserola, 2008.  
**Felix Quadros**, Comedia, Milena Caserola, 2008.  
**ignacio spagna**, pequeñas victorias, Milena Caserola, 2009.

**Julia Ester Lanza**, Cuentos breves de historias grandes, Milena Caserola, 2009.  
**Gonzalo Unamuno**, El vermú de la gente bien, Milena Caserola, 2009.  
**Yair Magrino**, Porcelanas, Milena Caserola, 2009.  
**Cristina Cívale**, Cuentos Alcohólicos, Milena Caserola, 2009.  
**Julia Ester Lanza**, Todo por ti, Milena Caserola, 2010.  
**Mariela Puzzo**, El monte, Milena Caserola, 2010  
**Diego Herrera**, Maten al Croupier, Milena Caserola, 2010  
**Leib Malaj**, La crucifixión de Don Domingo, Milena Caserola, 2011  
**Julia Ester Lanza**, Mujeres, Milena Caserola, 2011.  
**Juan Marcos Almada**, Deforme, Milena Caserola, 2011.  
**Gonzalo Unamuno**, Acordes menores para Marion Cotillard, Milena, 2011.  
**Enzo Maqueira**, El impostor, Milena Caserola, 2011.  
**Alejandro Soifer**, El último elemento peronista, Milena Caserola, 2011.

#### NARRATIVA (13)

**Diego Rojas**, Temporal, 2º edición, Milena Caserola, 2008.  
**Mariano Quiroga**, Mierda, Milena Caserola, 2007.  
**Sebastián Matías Oliveira**, Suaves Dedos Finos, Milena Caserola, 2007.  
**Agustina Viqueira**, Callate Nepalí, Milena Caserola, 2008.  
**Kasaokupada**, GOS, Milena Caserola, 2008.  
**Mateo Ingouville**, Natasha, ernesto y yo, Nulu Bonsai, Milena, 2009.  
**Darío L. Estryk**, Serendipias, Milena Caserola, 2008.  
**Favio Gabriel Kobiélusz**, 1977, Milena Caserola, 2009.  
**Cesar Guillermo Castro**, Obrero Man-El gladiador barrillero, Milena, 2009.  
**Diego Herrera**, Tres Mujeres, Milena Caserola, 2009.  
**Héctor Ramón Cuenya**, Dulces Paralelas, Milena Caserola, 2009.  
**Felipe Herrero**, Agua Marina–Otoño y olvido–Bajo Nieve, Milena, 2010.  
**Ioshua**, En la noche, wachodelacalle ediciones, Milena Caserola, 2010.

#### 13 LUNAS (5)

**Ale Sirkin**, El árbol cósmico, 2006.  
**Alex Portugueseis**, El ombú cósmico, Milena Caserola, 2006.  
**Maximiliano Borovicka**, el delirio coherente, Milena Caserola, 2008.  
**Ix Am**, Lo único que queda es tratar de expandir nuestra esfera hacia límites inimaginados, Milena Caserola, 2009.  
**Julián Mur**, Universo de luces, Milena Caserola, 2009.

DOBLES - BILINGÜES (3)

**Elisabeth Neira**, Abyecta – Hard Core Hotel, Milena Caserola, 2008.

**Rodrigo Domingos**, El principio del soplo - O início do assoprado (Portugués/Español), Milena Caserola, 2008.

**Patricio Miguel Federico**, Tapa – Contratapa, Milena Caserola, 2009.

PA COLOREAR (3)

**Salvador Jiménez - Merluza Juárez**, Los coloridos amigos de Salva..., Milena, 2008.

**Micaela Nair Verdún Perazzo**, Cuentos, Poesías, Canciones, Milena Caserola, 2010.

**Bárbara Molinari**, Me duele el pelo, Ilust.: **Delfina Estrada**, Milena, 2010.

CO-EDICIONES CON )EL ASUNTO( (17)

**Pablo Om**, la juventud al poder, )el asunto( - milena, ocio verde, 2008.

**Emanuel Alegre**, 16 golpes, )el asunto( - milena caserola, 2008.

**Antonio O'Higgins**, vómito de sangre, )el asunto( - milena, 2008.

**Ezequiel Abalos**, ida y vuelta a la boca, )el asunto( - milena, 2008.

**Luis Alberto "Merluza" Juárez**, Necesito Alquilar, mionca, trapos y barra-bravas ...)el asunto( - Eloisa Cartonera - milena caserola, 2009.

**Emanuel Alegre**, Islas, )el asunto( - MDG - milena caserola, 2009.

**Ioshua**, )el asunto( - Milena Caserola, 2009.

**Pablo Struchi**, Locura, )el asunto( - Milena Caserola, 2009.

**Galundia Moera**, Nada, )el asunto( - Milena Caserola, 2009.

**Erroristas**, Manifiesto Errorista, )el asunto( - Milena Caserola, 2009.

**Anahí Ferreyra**, Máscara y Vacío, )el asunto( - Milena Caserola, 2009.

**Analía M. Aguilar**, La Rosa de los Vientos, )el asunto( - Milena, 2010.

**Comité invisible**, La insurrección que viene, Hekht-)el asunto(-Milena, FeEn-LaErrata, En el aura del sauce, 2010.

**Ezequiel Abalos**, Roble, )el asunto( - milena, 2011.

**Graciela Amalfi**, Des Palabras Armando, )el asunto( - milena, 2011.

**Ramiro Ross**, De sabihondos y suicidas, )el asunto( - milena, 2011.

**Javier Antonio Galarza**, Grito Cotidiano, )el asunto( - milena, 2011.

**Galundia Moera**, Haz, )el asunto( - Milena Caserola, 2011.

IMPERFECTAS - )EL ASUNTO( - MILENA CASEROLA (6)

**Nat**, donde se cuentan algunas cosas, )el asunto( - milena, 2008.

**Verónica Gelman**, en espiral, )el asunto( - milena caserola, 2008.

**Mónica Torres**, uvas, )el asunto( - milena caserola, 2008.

**Kaudia con K**, poemas para vos/z, )el asunto( - milena, 2008.  
**Mónica Torres**, Enero Cristal, )el asunto( - milena caserola, 2009.  
**Mónica Torres**, Bisectriz, )el asunto( - milena caserola, 2009.

IMPENSADOS (3)

**Oscar del Barco**, El Otro Marx, Milena Caserola, 2008.  
**Juan Manuel Núñez**, Vuestros ochentas, Milena Caserola, 2009.  
**Peter Pál Pelbart**, El hilo de un vértigo. Trad.: **Marta Inés Arabia**, Milena, 2011.

HUMOR – HISTORIETA (8)

**Andrés Kilstein**, 13 excusas para no comprar este libro, Milena, 2008.  
**Andrés Kilstein**, Esto no es SPAM, [mis mejores conversaciones por medios electrónicos], Milena Caserola, 2008.  
**Alan Dimaro, Diego Gainza, Niko Battista, Iván Franco**, Sr. Valdemar, Milena, 2009.  
**Andrés Kilstein**, Prohibido Fu-Marx, Milena Caserola, 2009.  
**Tzipe**, Humor Gráfico, Milena Caserola, 2009.  
**Juan Castro**, Libro de quejas al destino, Milena Caserola, 2009.  
**Gimenez-Cuenya**, Argentina Superpotencia, Milena Caserola, 2010.  
**Ioshua**, Cumbia gei, wachodelacalle ediciones, Milena Caserola, 2010.

EN LOS BORDES – LEER Y PSICOANALIZAR - MARX(ITSMOS) (9)

**León Trotsky**, Su moral y la nuestra, León Sedov: hijo, amigo, luchador, Milena, 2008  
**Enrique del Acebo Ibáñez**, Meditaciones del post-sujeto, Milena, 2008.  
**Ramiro Ross**, Crónicas desde el Borda, Milena Caserola, 2008.  
**Héctor Fenoglio**, La Telépatá, Un psicoanálisis de la alucinación y el delirio, Milena, 2009.  
**Teodoro Lecman**, Freud x Masotta (conceptos, aclaraciones y esquemas de Teodoro Pablo Lecman sobre las clases de Freud por Masotta 1972-4), Milena-Leer y psicoanalizar, 2009.  
**Nahuel Moreno**, Método de interpretación de la historia Argentina. Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Milena, 2009.  
**Vías Argentinas (ensayos sobre el ferrocarril)**, Varios autores, Milena, 2010  
**Alfonso Carofile**, El endemoniado Esteban Lucich, Leer y psicoanalizar, 2010  
**Valentina Contino**, Prólogo para morder a alguien, Milena, 2010.  
**Alejandro Esteban García**, Teoría del equilibrio de la vida, Milena, 2011.  
**Teodoro Lecman**, Cuestiones de la Clínica, Milena-Leer y psicoanalizar, 2011.

## IDEOGRAFIAS (15)

**Jeremías Maggi**, Subterfugio consentido, Milena Caserola, 2009.

**Sebastián Kirzner**, Trozos del bloque inicial, Milena Caserola, 2009.

**Sofía Lino**, Historia típica, Milena Caserola, 2009.

**Sebastián Kirzner**, La Salidera, mc, 2009.

**Walter Reich**, NTNA [niñotravestinizalien], mc, 2009.

**Leonardo Capucci**, La estrella feroz, mc, 2009.

### 3.6.1, Bagrejaponés, mc, 2010

**Cristino Bogado**, Amor Karaíva, 2010

**Diego Mora**, Historias de Inodoro, 2010

**Max Orioli**, Inanedrama, 2010

**2017, Nueva Poesía Contemporánea**, Tomo I, Milena, 2017

**Alejandro Vilas**, Atrapado, Milena Caserola, 2010

**Sebastián Kirzner**, Risperidona, Milena Caserola, 2017.

**Andrés Kilstein**, De cómo perder lo que nunca se tuvo, Milena, 2010.

## DETALLES (2)

**Ivana González**, Todo habla, Milena Caserola, 2009.

**Sebastián Kirzner**, La salidera, Milena Caserola, 2009.

## TEATRO (2)

**Bèla Arnau**, La Maciel - de todas la más cruel -, Milena Caserola, 2009.

**Ignacio Javier Olguín**, Puro Teatro, Milena Caserola, 2010.

## MANDRÁGORA PORTEÑA (3)

**Matías Mauricio**, Bandoneón Blindado, Milena Caserola, 2010

Varios autores, **Antangología**, Milena Caserola, 2011

**Carlos Echazarreta**, El payador entrerriano, Milena Caserola, 2011

## CIENCIAS SOCIALES Y ANTROPOLOGÍA (1)

**Enrique del Acebo Ibáñez**, Homo Sociologicus, 2ª ed. Milena, 2011.

## LITERATURA PALINDRÓMICA (SORBILIBROS) (2)

**Xavi Torres - Pablo Nemirovsky**, SobreverboS, Milena Caserola, 2011.

**Xavi Torres - Pablo Nemirovsky**, Miguel de Cervantes, Autor del "Soldado Rod Adlos", Milena Caserola, 2011.

## MINIRRELATOS & MINIENSAYOS (3)

**Andrés Pérez Molina**, Lascivia Brevis, Milena Caserola, 2011.

**Enrique del Acebo Ibáñez**, Lo mínimo que te puedo contar, Milena, 2011.

**Andrés E. Peribáñez**, Breves historias desnudas, Milena Caserola, 2011.

**Consiga estos libros en:**

Feria del Libro Independiente – FLIA  
el asunto( - [www.elasunto.com.ar](http://www.elasunto.com.ar)

La Periférica – [la-periferica.com.ar](http://la-periferica.com.ar)

LIBRERÍAS DE BUENOS AIRES: Lilith, Librería Norte, Guadalquivir,  
De la Mancha, Paidós, Antígona, Hernández.

La Libre, Bolívar 646, San Telmo

Librería Crak Up, Costa Rica 4767, Palermo Soho

Libros del pasaje, Thames 1762 / Costa Rica 4562, Palermo

Otra Lluvia, Bulnes 640, Almagro

El Aleph, Corrientes 4790, Villa Crespo

Librería Fedro - Carlos Calvo 578, San Telmo

Librería de Las Madres, H. Yrigoyen 1584, Congreso

CÓRDOBA:

Librería de Rubén, Dean Funes 163 loc 1

Librería Del ciclista, Caseros 45

ROSARIO:

Homo Sapiens Libros, Sarmiento 829

CHACO:

CECUAL (Centro Cultural Alternativo)

Santa María de Oro 471

MONTEVIDEO:

Librería Puro Verso, 18 de Julio 1199

Librería Lupa, Bacacay 1318 bis

PARIS – Librería Salón del libro, 21 rue des Fossés St-Jacques

ESPAÑA – Canoa Libros

La Gitana distribuye

en: [www.distribullalacajita.com.ar](http://www.distribullalacajita.com.ar)



Este libro se terminó de imprimir  
en Buenos Aires, invierno de 2011